A fragment of ancient pottery, likely from the Iberian-Roman period, featuring a dark and light striped pattern. The fragment is broken and shows a central figure, possibly a deity or a person, with a large, rounded head and a body adorned with intricate patterns. The figure is surrounded by other decorative elements, including what appears to be a bird or a winged creature. The text is overlaid on the central part of the fragment.

EL POBLADO  
IBERO-ROMANO  
DE  
«EL MONASTIL»

Antonio M. Poveda Navarro

## ANTONIO MANUEL POVEDA NAVARRO

- Nació en Elda en 1958. Obtuvo la licenciatura en Filosofía y Letras, Sección Geografía e Historia, en la Universidad de Alicante, en 1981, con la Memoria «La Terra Sigillata de Elda», que mereció la máxima calificación. Actualmente, después de realizar los Cursos de Doctorado, en la misma universidad, está elaborando su Tesis sobre «La Romanización y el comercio de Terra Sigillata durante el Alto Imperio en la provincia de Alicante», para cuya labor se encuentra trabajando en el Departamento de Prehistoria-Arqueología-Historia Antigua, como becario de investigación de la Conselleria de Cultura, Educación y Ciencia de la Generalitat Valenciana.
- Fue director del Museo Arqueológico Municipal y de la Casa de la Cultura de Elda.
- Ha participado en múltiples excavaciones arqueológicas en España y en Italia, destacando algunas de las dirigidas en Elda: villa romana de Arco Sempere, Castillo de Elda, poblado de El Monastil, etc...
- Con carácter científico ha publicado varios artículos en las revistas *Saguntum*, de la Univ. de Valencia, *Heliké*, de la UNED-Elche, y *Anales de Medieval*, de la Univ. de Alicante; y también otros de naturaleza divulgativa en revistas como *Alborada* y *Fiestas Mayores*, de Elda.
- Ha obtenido becas de investigación del Ayuntamiento de Elda.



**El poblado Ibero-Romano  
de «El Monastil»  
(Elda, Alicante).  
Introducción Histórico-Arqueológica**

ANTONIO M. POVEDA NAVARRO

**Elda. 1988**

Sección de Publicaciones del  
**EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ELDA**

---

**UNIVERSIDAD DE ALICANTE**

Portada: Detalle pintado sobre cerámica  
ibérica.

Fotografías: Fco. Javier Pérez Avilés

Otras ilustraciones: Archivo del autor.

Coordinación de la edición: EMIDESA.

Empresa Municipal de Información S.A.

Jardín de la Música, s/n. 03600 ELDA.

I.S.B.N. 505-8123-0

Depósito Legal: A-876-1988

---

INTERGRAF Centro Gráfico, S.L.

Pol. Ind. Plá de la Vallonga.

Cruce calles 13 y 7. ALICANTE

# INDICE

	Páginas
1. INTRODUCCIÓN .....	7
2. HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES REALIZADAS SOBRE EL MONASTIL .....	13
3. GEOGRAFIA DE LA ZONA DE EL MONASTIL .....	23
4. EL PERÍODO PREHISTÓRICO .....	33
• Los primeros Habitantes del Valle de Elda en las cercanías de El Monastil	
• La Cultura del Bronce y El Monastil	
5. EL PERÍODO DE LA CULTURA IBÉRICA.....	45
• La aparición de las gentes de la cultura ibérica en El Monastil	
• Fase Ibérica I de El Monastil (ss. V-III a.C.)	
• Fase Ibérica II de El Monastil (finales s. III mediados del s. I a.C.)	
6. EL PERÍODO DE LA ROMANIZACIÓN.....	89
• Romanización de los Poblados Iberos: El Monastil (mediados s. I a.C.-comienzos s. III d.C.)	
• ELLO (El Monastil) durante el Bajo Imperio (ss. III-IV d.C.)	
7. EL PERÍODO TARDORROMANO Y VISIGÓTICO (ss. V-VII) .....	123
• Indicios de la primitiva introducción del Cristianismo en El Monastil (ss. IV-VI)	
• El Obispado Visigodo de ELO (s. VII)	
8. BIBLIOGRAFÍA.....	143

# INTRODUCCIÓN

Cuando el actual Ayuntamiento de Elda nos propuso la realización de un breve libro sobre El Monastil a nivel introductorio y divulgativo, pero riguroso con la historia que en aquel lugar pudo desarrollarse, aceptamos sin dudarlo.

Es de agradecer esta iniciativa municipal, que complementa la que está desarrollando para proteger los restos arqueológicos del poblado.

Por otro lado, la ayuda prestada por los antiguos miembros de la Sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense, ha sido muy importante, pues pusieron a nuestra disposición sus informes, fotografías, dibujos y conocimientos, que merecerían ser más ampliamente estudiados en otra obra de mayor envergadura que versara sobre este yacimiento. Vaya desde aquí nuestro agradecimiento para sus miembros.

Nuestro gran interés por escribir sobre los restos y la historia de ese viejo poblado, va más allá de lo puramente científico, pues, aunque sin ser pretenciosos e inmodestos, pensamos que podríamos lograr que sirviese para intentar recuperar una parte importante del pasado original, de la comunidad humana del Valle de Elda, acercando la misma a los momentos de su nacimiento, de modo que el ciudadano eldense comenzase a «amar» el medio que le rodea, se sintiera más seguro en él y entendiese que debe defenderlo, pues ha formado y forma parte de su existencia.

En todo ello, El Monastil debe ocupar un puesto clave, por lo que debemos recuperarlo para Elda y sus habitantes, que por otra parte, en su mayoría, desconocen su existencia.

En la primitiva «ciudad» que se formó en el extremo este de



*Figura 1.- Situación del poblado de El Monastil en el sudeste de la Península Ibérica.*

la Sierra de La Torreta, el primer núcleo «eldense», se ha vivido mucho más tiempo que el que ha pasado desde que se habita el actual solar de Elda. En aquel lugar se desarrolló la vida humana alrededor de dos mil quinientos años (aunque nuevos descubrimientos arqueológicos podrían cambiar esta edad).

Deseamos que, después de leer esta breve historia, la comunidad eldense conozca un parte de lo que tiene y sepa respetarla, por su propio bien y por el del patrimonio cultural.

El término de «El Monastil» ha servido siempre para designar una partida rural, que incluye la terminación rocosa del este de la Sierra de La Torreta. La citada partida rural, al norte del casco urbano de Elda, del que dista un kilómetro,

toma su nombre, seguramente, de los restos arqueológicos existentes en sus tierras, como se desprende de lo escrito en el siglo XIX por Lamberto Amat, quien afirma que «en una colinita que domina el citado partido pueden verse» vestigios de construcciones primitivas. El las supone de un posible monasterio, pues había visto en libros viejos del Archivo Municipal de Elda que aquella partida, que en su época se denominaba del *monastil*, antiguamente era llamada *monasteri*. Además, pensaba que estas ruinas pertenecían a una de las ciudades romanas que se citaban en el itinerario de Antonino, en la mitad del trayecto entre Cartagena y Valencia.

Más recientemente, Alberto Navarro, en su Historia de Elda, afirmaba que todavía en la primera parte del actual siglo XX, en los libros del Archivo Histórico se encontraban escritas las formas *Monastir* o *Monestir*, de las que Monastil era su deformación

El término El Monastil, como topónimo, ha sido interpretado de varias formas. Para Asín Palacios, apoyado en Simonet, tal topónimo sería un mozarabismo o romancismo que vendría del término latino *monasterium*. También, hay autores que consideran que el topónimo estaría recordando, en época medieval, la anterior presencia de un monasterio heredero de la sede episcopal visigótica (la denominada Elotana), del siglo VII. Esta opinión la abandera E. Llobregat, quien, sin embargo, objeta que hay que tener en cuenta la dificultad lingüística señalada por Sanchis Guarner, que supone al topónimo Monastil traducción de una Rábida almorávide.

Además, en este sentido, existe una nota del geógrafo árabe Yāqūt sobre un *al-Munastir* del que dice «está al Este de al-Andalus entre Laqant (Alicante) y Qartāyana (Cartagena)...», que da pie a Rafael Azuar para que opine que no sería



descabellado ubicar tal *al-Munastir* en El Monastil de Elda; de modo que la tradición oral de la antigua sede elotana se habría transmitido hasta comienzos del siglo XIII.

Es probable que las ruinas del poblado fueran denominadas por los árabes del Valle de Elda, que las conocieran (como nos consta por las cerámicas árabes allí halladas) con el término *al-Munastir*, denominación que debió perdurar entre los cristianos de la misma zona durante la época medieval, quienes la transformarían en *el Monastir* o *el Monestir*, que nos ha llegado hasta hoy en la forma toponímica *el Monastil*.

Hemos de recalcar que la denominación correcta es la de El Monastil, es decir, con el artículo masculino, y no Monastil únicamente como muchos suelen escribir o pronunciar. Este hecho debe justificarse por el mantenimiento del artículo árabe «al», que nos ha llegado en la forma actual «el».

Es obvio que las características de estas páginas son claramente divulgativas, pues la naturaleza de la obra así lo requiere. Sin embargo, en algunos puntos hemos profundizado más que en otros, ya que la cuestión lo exigía y, sobre todo, porque al ser esta la primera obra monográfica sobre este poblado, no nos resistíamos a dejar por más tiempo el analizar algunos planteamientos históricos, que están inéditos, deficientemente tratados, o que simplemente pueden ser interpretados de otras formas, a la luz de recientes avances de la investigación. Por todo ello, es posible que algunos datos puedan servir al estudioso o al investigador.

Hasta este momento, sus restos habían merecido citas marginales en el interior de grandes obras de síntesis histórica, dedicadas fundamentalmente a la zona valenciana y las tierras alicantinas. Pero, sobre todo, existe una larga serie de artículos que citan de pasada objetos o circunstancias de este poblado,

como unos datos más de aquellos que son ilustrativos de un proceso histórico común al sudeste peninsular.

En los últimos años se han realizado y se están realizando Memorias de Licenciatura y Tesis Doctorales, que tratan con profundidad y rigurosidad la realidad histórico-arqueológica de El Monastil. Además, cada vez existe un interés mayor de las Universidades españolas por el mismo.

Elda, Febrero de 1988

# HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES REALIZADAS SOBRE EL MONASTIL

Las ruinas del poblado de El Monastil eran conocidas por los eldenses que habitaban el valle de Elda en la Edad Media, sobre todo, porque allí encontraban buenos materiales aprovechables para las construcciones que se realizasen en esa época.

Sin embargo, esas ruinas no despertarían el interés de los estudiosos, o investigadores, hasta finales del S. XIX, poco después de que Lamberto Amat Sempere, el primer verdadero historiador local, se lamentase en su Historia de Elda de que los eldenses incurrieran en incuria «por no haber hecho hasta ahora (1873) alguna excavación para descubrir» la antigüedad del poblado. Cuenta, además, que muchas personas ilustradas conocían la existencia del mismo, donde muchos habían visto «escombros de edificio, un molde de piedra que debió servir para la fabricación de campanas, (que) fue extraído por un labrador de entre aquellas ruinas».

Poco después, desde finales del S.XIX y hasta las primeras décadas del XX, el culto maestro Juan Vidal Vera iniciaba las excavaciones en El Monastil. Pero de su labor no nos han llegado escritos ni materiales arqueológicos.

En la década de los años 30, Antonio Sempere, otro ilustre Maestro Nacional, desarrolló una importantísima labor de investigación en nuestro yacimiento y en otros del término

municipal de Elda. Fruto de ella fue la colección arqueológica que reunió, y que donaría al centro de las Escuelas Nacionales de Elda, donde se creó un pequeño museo, del que algunos objetos han llegado hasta el actual Museo Arqueológico Municipal.

En cuanto a sus escritos, conocemos uno publicado en 1933, que aporta fotos y comentarios de gran interés. Habla «de un recinto amurallado» cuyos restos «dan idea de la importancia de esta pequeña acrópolis que en el itinerario de Antonino, siglo II d.J.C., figura con el nombre de Elo, equivalente a tierra del Sol».

La identificación del poblado con la ciudad romana de Elo, citada en el itinerario nombrado anteriormente, era la primera vez que se realizaba, adelantándose de este modo a especialistas actuales como F. Mateu i Llopis y E. Llobregat, que en los últimos años viene proponiendo esa misma identificación, que compartimos.

Sempere habla de la riqueza arqueológica de El Monastil en base a «la variedad de pueblos que lo invadieron», de los que ha recogido «cerámica griega, utensilios ibéricos, pequeñas demostraciones cartaginesas, cerámica y monedas romanas, dos sarcófagos cristianos del período de la decadencia romana y, algo visigodo».

Ciertamente fue el primer «arqueólogo» eldense con importantes conocimientos arqueológicos e históricos, y con conciencia de organizar un museo eldense. Para su época estaba a un buen nivel de preparación.

En las décadas de los años 40 y 50 surgen algunos aficionados a la arqueología y la historia locales que girarán visita a las ruinas. Hemos de destacar de entre ellos a Juan Madrona y a Alberto Navarro, que mantenían una interesante

relación con el gran arqueólogo villenense José María Soler. De Madrona no se conocen escritos sobre El Monastil, aunque siempre ha expresado sus ideas sobre el mismo. Gentilmente nos enseñó algunas cerámicas y monedas ibéricas y romanas, recogidas en sus prospecciones sobre el yacimiento. Navarro sí que ha escrito un buen número de artículos sobre arqueología eldense y, en particular, de hallazgos producidos en el poblado. Pero su verdadera importancia está en la obra que sobre la Historia de Elda publicó en 1981, donde se recoge lo esencial de esos artículos y datos de mediados de este siglo, que junto a los dibujos de materiales, convierten a su obra en el primer intento serio de conocer la realidad histórica del citado yacimiento.

En el año 1959 aparece un pequeño grupo de personas muy interesadas por el pasado histórico de Elda, que forma la «Sección de Arqueología» del Centro Excursionista Eldense. Este grupo encabezado sucesivamente por Antonio Martínez Mendiola, Vicente Sanz Vicedo y Juan Rodríguez Campillo, montó varias exposiciones arqueológicas locales que contaban, mayoritariamente, con materiales procedentes de El Monastil. Es en este yacimiento arqueológico donde van a centrar, fundamentalmente, su tarea de recuperar parte del patrimonio histórico de Elda y, crear un museo municipal. Entre 1966 y 1977 las excavaciones se intensificaron y, la Sección de Arqueología descubrió gran parte del poblado.

Además de otros escritos menores, confeccionaron doscientos sesenta y tres informes de trabajos desarrollados allí, y con el asesoramiento del director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, Enrique Llobregat, redactaron la «Carta Arqueológica del Valle de Elda» que, publicada en 1972, recogía importantes fotos y datos del poblado.

Posteriormente, en 1983, montaron el actual Museo Arqueológico Municipal de Elda, sobre la base de la anterior Colección del Centro Excursionista, en el que casi el setenta por ciento de los materiales proceden de El Monastil.

En el Museo se conservan también los informes diarios de trabajos efectuados en el poblado. Constituyen un caudal de información, ya que presentan dibujos, croquis, materiales, características de los hallazgos y de las viviendas, que aparecen numeradas y algunas dibujadas con medidas. Incluso se conservan algunas fotos, que ilustran parcialmente cómo era la situación del yacimiento cuando se procedía a su excavación, durante los años sesenta-setenta.

La Sección de Arqueología elaboró también algunos planos del poblado, dibujó algunas piezas y otras muchas fueron restauradas. Realmente, a este grupo de aficionados se le debe agradecer que podamos contar con un Museo Arqueológico, el Municipal de Elda, que es casi un monográfico del poblado de El Monastil.

En el verano de 1984, pude realizar una somera excavación arqueológica, bajo el patrocinio de la Consellería de Cultura de la Generalitat Valenciana. Los resultados de dicha excavación, que todavía están en estudio, han aclarado bastantes dudas sobre la extensión temporal y espacial del yacimiento, las distintas fases culturales sucedidas en su poblado, y las relaciones con otros yacimientos contemporáneos.

Algunas de las conclusiones a las que hemos llegado están incluidas en las páginas que siguen a este capítulo. Esperamos poder publicar, en el futuro, una obra más profunda y específica sobre los resultados y conclusiones finales de dicha excavación. De momento, podemos resumir, a modo de avance la actividad desarrollada en la pequeña excavación citada. La campaña se

centró en la realización de dos cuadrículas, en los sectores A y B, situados, respectivamente, en la parte alta y oriental del poblado, y en la baja y central. También se limpió el sector Z, área más elevada y occidental, donde colaboró eficazmente el arqueólogo inglés Paul Reynolds.

En el sector A, la cuadrícula A-1 descubrió parte de una vivienda con su salida a la calle. Los muros de la misma eran sólidos, de piedras de mediano tamaño cogidas con barro. La altura máxima que alcanzan todavía es de 0'80 metros, con 0'75 de grosor. La jamba oeste está fuertemente almohadillada con piedras cuadrangulares.

El interior de la vivienda está acondicionado con algunos rellenos de materiales ibéricos y romanos altoimperiales, y con un murete. Tal remozamiento interior fue realizado por los habitantes del siglo V d.C., posiblemente los últimos moradores de la vivienda, como se deduce de los materiales en ella hallados (cerámicas negruzcas hechas a mano, lucerna africana, cerámica Clara D y restos de ánforas africanas y béticas tardías).

Los abundantes restos de téglulas y pegotes de cal con huellas de cañas y maderas, nos informan de que esta vivienda, al igual que otras, estaría cubierta por una estructura de cañas y maderas cogidas con cal o yeso, sobre la que se colocarían las tejas (téglulas) típicas romanas.

En el sector B, la cuadrícula A-1 exhumó tres tipos de muros, que de mayor a menor profundidad son los siguientes: en el interior de una zanja de cimentación se levanta un muro de grandes y sólidas piedras, de orientación SO/NE (único de este tipo hallado en el yacimiento hasta hoy). El tipo de cerámicas aparecidas al excavar este muro (cerámicas ibéricas, grises antiguas; decoradas con elementos geométricos simples; platos finos y de borde engrosado al interior, etc.) parecen

datarle en el paso del siglo V al IV a. C.

Por encima de ese primer muro aparecieron otros dos de orientación NO/SE, y otro de O/E. Se levantan sobre un terreno preparado con arena y piedras pequeñas. Estos muros están fabricados con piedras de mediano tamaño, sin trabajar y sin argamasa. Las cerámicas que les acompañaban (cerámicas grises; ánforas ibéricas; cerámicas pintadas con elementos geométricos desarrollados y otros de estilo figurado, cerámica campaniense, etc.) les parecen fechar en los siglos III y I a.C.

Por último, apareció un muro construido con una técnica distinta a la de los anteriores, y que es el más superficial. La piedra utilizada es de tamaño relativamente grande, dispuesta en dos hiladas, cogida con alguna argamasa, y entre ambas hay un relleno de piedras pequeñas. La orientación de este muro es N/S y emerge en un nivel arqueológico muy alterado, donde se mezclan materiales púnicos; ibéricos antiguos, plenos y recientes; romanos republicanos, altoimperiales y tardorromanos. Sin embargo, este muro debe datar del siglo I a.C. y principios del siguiente, según se deduce de su factura y de algunas cerámicas campanienses, ánforas itálicas, y cerámica sigillata, aretina sobre todo.

La limpieza del sector Z demostró la existencia de dos construcciones superpuestas, que tienen un ábside muy rústico. La construcción superior empleó argamasa y algunas piedras cúbicas; parece muy tardía, al igual que la cerámica recogida junto a ella (Clara D y común hecha a mano). Se edificó aprovechando una construcción anterior, tal vez de época altoimperial, que se construyó con piedras más pequeñas y sin argamasa.

Por otro lado, en las últimas décadas han sido bastantes los especialistas que le han dedicado páginas especiales al



poblado, o a algunas de sus piezas arqueológicas más espectaculares o significativas. De todo esto, damos cumplida noticia en el capítulo dedicado a la bibliografía, no obstante, debemos destacar y citar a S. Nordstrom, E. A. Llobregat, D. Fletcher, J. Uroz, A. Ribera, para el estudio de la fase ibérica. Podemos ver referencias al momento altoimperial romano en publicaciones de L. Abad y de Ribera con nosotros. La fase bajoimperial y tardorromana ha recibido la atención de A. Colmenero, E. A. Llobregat, R. Azuar, P. Reynolds. A estas principales investigaciones hemos añadido personalmente nuevas aportaciones.



*Figura 2.- Vistas del poblado después de la excavación realizada por la sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense.*



a



b

*Figura 3.-* Excavación de 1984. a. vivienda aparecida en la cuadrícula A-1 del sector A. b. superposición de construcciones en A-1 sector B.



*Figura 4.- Vista actual del poblado.*

# GEOGRAFIA DE LA ZONA DE EL MONASTIL

Antes de realizar cualquier estudio histórico de un habitat es necesario analizar las bases geográficas, que suelen ofrecer las claves del por qué se elige un lugar para el asentamiento de una comunidad humana.

En el caso de los primeros habitantes de la Sierra de La Torreta-El Monastil, esas claves serían la fácil defensa, la posición privilegiada en la red de comunicaciones, la existencia de agua, arcillas, riqueza cinegética y fértiles tierras.

La posición estratégica de dicha sierra fue decisiva, ya que está ceñida al norte, este y sur, por el río Vinalopó, convirtiéndose en una cortina montañosa que controlaba el acceso al Valle de Elda, que es el camino natural entre el interior de la península y el litoral mediterráneo.

Sobre este espolón rocoso se asentaron los primeros habitantes en el período Eneolítico y hasta la Alta Edad Media. De modo que, por todo ello, debemos analizar, someramente, el origen y la evolución de la sierra donde se encuentra El Monastil. El solar que hoy ocupa el mismo, ha permanecido bajo las aguas hasta el Mioceno, hace unos 25 millones de años, cuando se sucedieron una serie de hechos que produjeron la emersión de las rocas que constituyen el relieve actual de Elda.

En la Era Terciaria se produjo un gran movimiento, el Alpino, que formó la mayor parte de las cordilleras de España, entre ellas las de los Sistemas Béticos a los que pertenecen la

Sierra Torreta-Monastil y los montes de su alrededor, que generalmente se orientan en sentido SO/NE, y que sufrieron algunas fallas o fracturas, como la falla del Vinalopó que las corta perpendicularmente, conformándose una vía natural de comunicación.

El solar que ocupa El Monastil se ve cruzado por esa falla de dirección NNO/SSE, y otra que cruza el valle de Elda-Petrer en sentido OSO/ENE, que cortan el paquete de materiales terciarios y secundarios.

Durante la Era Cuaternaria el río Vinalopó comienza a formarse y actuar aprovechando la citada falla. A medida que iba profundizando su cauce debido a la fuerte erosión, dejó a ambos lados del mismo hasta cuatro terrazas fluviales, localizadas a 10, 35, 75 y 110-120 metros, respectivamente, siendo holocena la primera, wurmiense la segunda y de cronología desconocida las otras dos.

En los inicios de esta última Era (hace 2 millones de años), el Monastil estaba junto a una extensa llanura, con poca o ninguna vegetación, con grandes períodos secos y esporádicas lluvias torrenciales.

El río Vinalopó no existía como tal, pues las lomas de El Monastil se continuaban hacia la Sierra del Caballo (Petrer), separando la cuenca de Villena-Sax, muy pantanosa, de la de Elda-Petrer.

Finalmente, la erosión originó una amplia red de ramblas que por el norte fue excavando los materiales más débiles (arcillas y calizas arenosas), consiguiendo comunicar las dos cuencas, logrando el Vinalopó su actual fisonomía.

Las calizas terciarias que constituyen la Sierra Torreta-Monastil, se vieron sometidas, en esta fase, a unos procesos erosivos debidos a la acción de las aguas y el viento que han

redondeado sus formas. Los materiales arrancados a la sierra y parte de los transportados por el Vinalopó, son depositados en las faldas del monte cubriendo en parte las rocas más antiguas.

Esta breve introducción a la evolución geológica de la zona en la que se ubica nuestro yacimiento, permite indicar un vasto período cronológico entre la conformación de la Sierra Torreta-Monastil como la vemos hoy, lo que ocurrió hace unos 25 millones de años, y la aparición de sus primeros habitantes hace unos 4500 años.

La Sierra Torreta-Monastil se encuentra dentro del valle de Elda, zona de la cuenca del río Vinalopó limitada por varias unidades de relieve: en el norte, el conjunto Torreta-Monastil (en cuyo punto este se ubica el poblado); en el oeste, la Sierra de las Pedrizas y de la Umbría; en el este, la Sierra del Cid; y hacia el Sur, los montes de Bateig y de la Mola, tras los cuales se abre la llanura de Novelda-Monforte-Aspe.

En el interior del valle hay numerosas lomas y cerros, algunos tan importantes como el del Monte Bolón, que están próximos al río y su vega, alternando en ocasiones con tierras de cultivo.

Las montañas de esta cuenca pertenecen a las últimas estribaciones de los Sistemas Béticos, y entre ellas, predominan los materiales calizos de origen secundario y terciario. Forman conjuntos dispersos y aislados, con excepción del norte y noroeste (zona ocupada por la población de Petrer) que es más montañoso.

La zona llana se localiza en el fondo del valle, lógicamente, a ambos lados del Vinalopó. Esta formada por sedimentos recientes muy fértiles, que se han convertido, en general, en tierras de cultivo (la actual población de Elda ocupa mayoritariamente esta zona).

La ubicación de la comarca es a sotavento de los vientos del oeste, que son los lluviosos en nuestra latitud. Además, en este sector mediterráneo, las lluvias se producen por vientos locales del N. y NE. y, por eso, los barloventos son las vertientes N. de las Cordilleras Béticas, y los sotaventos las que dan al sur, donde se localiza el valle, de modo que, éste está escondido de todos los vientos importantes, por lo que el clima aquí es más cálido y seco que el normal, y se define por veranos calurosos e inviernos algo suaves, precipitaciones escasas, y desigual reparto de las lluvias a lo largo del año.

El mes más frío suele ser Enero (casi 9° C.), a partir del cual las temperaturas se elevan paulatinamente hasta Abril. Desde este mes se asciende más rápido, culminando la temperatura en Julio y Agosto (cerca de 26° C. de media). El descenso térmico se inicia en Septiembre, agravándose en Octubre y alcanzando en Diciembre los 10° C. La amplitud térmica anual es de 18'4° C.

La media anual de precipitaciones es de 266 mm. La cantidad total de las mismas ofrece grandes variaciones de unos años a otros. Lluève una media de veinticinco días al año, de los que solamente 1/3 superan los 10 mm. de precipitación. En general, se trata de lluvias de corta duración, muy irregulares y en forma de chaparrones. Las estaciones más lluviosas son Otoño y Primavera, y la más seca el Verano. A veces, en Otoño, se dan intensos aguaceros; éstos originan esporádicas crecidas del río Vinalopó, debido a su gran cuenca y extensa red de ramblas. Hay que destacar también los períodos de sequías, que en la antigua economía del valle, de base agrícola, reportaban consecuencias dramáticas.

La comarca está surcada por multitud de ramblas, muchas de las cuales evacuan en el Vinalopó. Son corrientes de agua



de cursos cortos y secos casi todo el año. Las más importantes de las que conectan con el río son las de Caprala, Pussa, Bateig, Sapo, Melva y Derramador.

El bosque antiguo de la zona era el constituido por el encinar, del que todavía quedan algunas manchas en lugares como Catf y la Sierra del Cid, al este del valle. En sustitución del encinar se propagó el pinar, que todavía lo encontramos en casi todos los montes de Petrer, y en Camara, en las lomas de Prats y en las laderas de las Barrancadas, en Elda (oeste). El pino más abundante es el carrasco, (*pinus halepensis*), aunque, también, encontramos el pino piñonero (*pinus pinea*).

El matorral de la zona se extiende por suelos poco profundos, está formado por una mezcla de arbustos, que fácilmente alcanzan al metro de altura. Por debajo de los 500-600 m., acompañando en ocasiones al pinar, aparece un matorral bajo, espinoso y poco denso, destacando la coscoja, el enebro, el brezo, el acebuche, el lentisco, el madroño, el romero, el espino negro, la aliaga, etc. Se encuentra, fundamentalmente, al este del valle. En el centro y el oeste, donde la aridez degrada ese matorral, éste es suplantado por una vegetación de escasa altura y muy dispersa, es el tomillar, junto al que se dan el cantueso, el rabo de gato, la manzanilla, el romero, la coronilla de rey, la ruda, el esparto, la esparraguera, la efedra, etc.

En las ramblas con cierta humedad es típico el bosquecillo de la adelfa, y las manchas de juncales y cañaverales. También existe la regaliz, pero sobre todo el taray (muy abundante en el área del Pantano de Elda).

En el fondo del valle y glacis de los montes se da la retama, la barrilla, el hinojo, el cardo, la amapola, los linsones, la planta tintorera, y ciertas especies de gramíneas.

Esta vegetación posibilita la existencia de una fauna. En la zona del pinar, los animales más significativos son, además de algunos reptiles, aves como la urraca, el mochuelo, el buho y el águila; y mamíferos como el conejo, la liebre y el jabalí. En el matorral encontramos, entre otros, abejas, avispas, reptiles; aves como el verderón, el mirlo, la calandria, el jilguero, la codorniz y la perdiz; mamíferos como el ratón, la rata, el erizo, el conejo y la liebre. Por último, en charcas y zonas húmedas, abundan los insectos, los reptiles, los anfibios y algunos mamíferos.

Hasta aquí hemos analizado el medio físico, el clima, la vegetación y la fauna, pero en base a datos recientes, sin embargo y a pesar de la dificultad, intentaremos aproximarnos al paleohabitat en el que la comunidad humana de El Monastil se desarrollaba.

Entre el año 7000 y el 6000 a. C. aparece en el Levante español un período climático caracterizado por unas condiciones extremadas subdesérticas, y que dura hasta el 5200 a. C., desde este momento el clima se hace más riguroso, aunque todavía imperan las condiciones secas, pero ahora con cambios térmicos estacionales. Tanto las laderas como los valles serán invadidos en las cuevas. El avance de este canchal sobre las laderas es lento, pues comienza en el 5200 a.C. y alcanza el centro de los valles hacia el 3200 a. C. (en el valle de Caprala, al norte de Elda-Petrer).

Tales condiciones se alterarán al llegar una nueva variación climática, que terminará con la sequía arrastrada durante milenios, de modo que los ríos y ramblas, hasta entonces secos, comienzan a excavar sus cauces y dejan colgada la Terraza Baja del Vinalopó.

Según A. Cuenca y M. Walker, en el paso del cuarto al

tercer milenio antes del presente, las condiciones se invierten drásticamente respecto a los milenios inmediatamente anteriores. La humedad se dispara y los niveles freáticos se elevan hasta inundar las zonas bajas de las depresiones endorréicas, a la vez que los ríos comienzan de nuevo su actividad. En este momento, las condiciones subdesérticas han remitido y comienza una edafogénesis sobre glacis y terrazas que los prepara para el cultivo. Desde entonces los ríos, como el Vinalopó, comienzan a erosionar los materiales que anteriormente habían rellenado sus cauces, fenómeno que duraría de dos a tres milenios a lo largo de los cuales, con un régimen de caudal no muy distinto del actual, se elaborarán los escarpes que hoy limitan los cauces de avenida.

A partir del 4000 a. C., las precipitaciones aumentaron hasta niveles un poco por encima de los actuales y más regularmente distribuidas a lo largo del año. Las temperaturas parece que iniciaron a la vez un descenso no excesivo, pero cuyos valores podríamos considerarlos ligeramente fríos.

Estas condiciones perduraron hasta varios siglos después del comienzo de la Era Cristiana, aunque hay señales de un período seguramente más seco, quizá parecido al actual, hacia el 3000 antes del presente, de corta duración entre el final de la Edad de Bronce y el inicio del Mundo Ibérico, pero ante la escasez de datos A. Cuenca propone ese período como hipotético.

Estas nuevas condiciones orográficas y climáticas posibilitaron la aparición de un habitat aceptable para los asentamientos humanos. De modo que, hacia el 3000-2500 a. C. ya existiría una primitiva comunidad humana en la sierra de La Torreta-El Monastil.

Esta breve introducción a la evolución geológica de la zona

en la que se ubica El Monastil, permite indicar un vasto período cronológico entre la conformación de la sierra Torreta-Monastil como la vemos hoy, lo que ocurrió hace unos 25 millones de años, y la aparición de sus primeros habitantes hace unos 4500 años.

Sobre las plantas en cultivo en el Valle de Elda, desde la Edad del Bronce y la época ibérica, tenemos algunas evidencias arqueológicas en el Monte Bolón, ya que se hallaron semillas carbonizadas de trigo, cebada y bellotas. También están presentes especies silvestres, como la viverera y el acebuche. Y sobre todo, siempre ha sido patente, hasta finales del siglo XIX, la abundancia de atochales y de esparto.

La arqueología de El Monastil nos informa igualmente sobre la existencia de fauna, pues se han documentado el ciervo, el jabalí, el caballo y algún bóvido, además de los peces de río y de lagunas, bien atestiguadas en Monte Bolón.

La fauna representada sobre la cerámica ibérica también ilustra el tema, pues aparecen águilas y otras aves; liebres, caballos, peces, lobos, etc.

Además, el libro de la caza del infante don Juan Manuel, a cuyo señorío medieval pertenecía el valle, nos delata la existencia de anades, garzas y gruyas. Y todavía debemos añadir la información ofrecida por la Crónica de Pedro IV, que cita la gran cantidad de perdices, liebres y conejos, que han recogido en su descenso por el valle del Vinalopó cuando se dirigían a Orihuela.

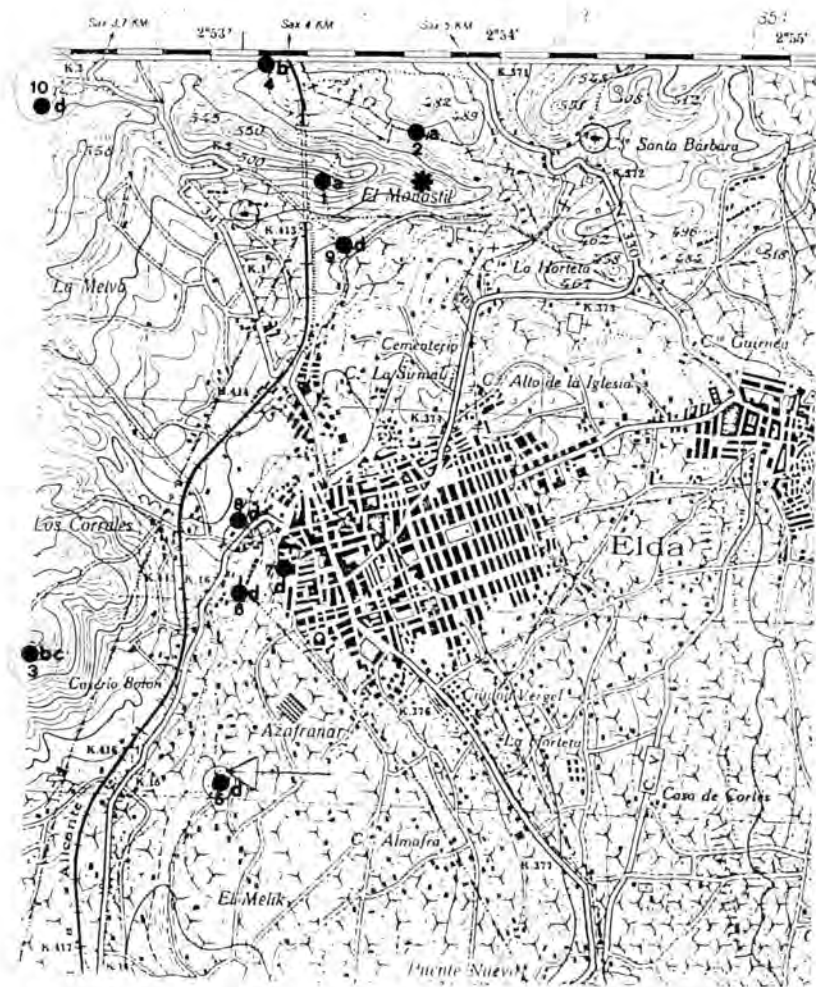


Figura 5.- El Monastil y otros asentamientos humanos contemporáneos próximos: a. Eneolítico b. Bronce c. Ibérico d. Romano

- |                                      |                        |
|--------------------------------------|------------------------|
| 1. Cueva de la Casa Colorá           | 6. El Puente           |
| 2. Terrazas del Pantano              | 7. C/. Marina Española |
| 3. Peñón del Trinitario (Mte. Bolón) | 8. Arco Sempere        |
| 4. El Canalón                        | 9. Casa Colorá         |
| 5. Las Agualejas                     | 10. Cámara             |

# EL PERÍODO PREHISTÓRICO

## LOS PRIMEROS HABITANTES DEL VALLE DE ELDA EN LAS CERCANÍAS DE EL MONASTIL.

Como ya se ha referido en un capítulo anterior, han sido muchos los autores locales que han tratado sobre el poblado de El Monastil, desde los años treinta. Algunos incluso afirmaban que las primeras gentes que lo habitaron pertenecían al período prehistórico Neolítico, por la comparación de los restos arqueológicos hallados en él con los del Peñón del Trinitario, en Bolón, y como A. Sempere afirmaba que en este último «halláanse confundidas manifestaciones neolíticas con vestigios de la Edad de los metales», todo aquel que leyó a Sempere creyó en la existencia de una comunidad neolítica en el Peñón del Trinitario, y al observar que en El Monastil habían cerámicas y piezas líticas semejantes a las halladas en el poblado del citado Peñón, todos, eruditos locales y eldenses en general, pensaron que si un poblado era neolítico el otro también lo sería.

Tan errónea creencia ha llevado a los eldenses a pensar, prácticamente hasta hoy, que los restos históricos más antiguos del valle de Elda eran los supuestamente neolíticos del Peñón del Trinitario, y que, por tanto, los primeros habitantes de El Monastil serían neolíticos.

Ambas cosas son falsas, Sempere creyó ver «manifestaciones neolíticas» que no eran otra cosa que materiales de la Edad del Bronce, que son los que él denominó «vestigios de la Edad de los Metales». Así pues, de todo esto se deduce que tanto un poblado como el otro acogieron a gentes de la Edad de Bronce. Por otro lado, los primeros habitantes del valle de Elda no

estarían en ese Peñón de Bolón, sino en la Sierra de La Torreta, que es donde se ubica el poblado de El Monastil.

A mitad de la ladera sur de La Torreta, en la denominada Cueva de la Casa Colorá, apareció un enterramiento múltiple de, al menos, tres individuos. Junto a los restos humanos se hallaron dos hachas de piedra pulida, cerámicas hechas a mano, un punzón de hueso, otros dos de cobre, uno de sección circular y otro de sección cuadrada, y varias piezas de sílex (un cuchillo y puntas de flecha). M.S. Hernández ofrece las fechas que corresponderían a este enterramiento, entre los años 2500 y 2000 a. C., por tanto, pertenecería al período denominado Eneolítico, en su etapa plena-final.

A menos de 400 ms. a la derecha de esta cueva funeraria, en la misma sierra de La Torreta, se encuentra El Monastil. Y 200 ms. al norte de la misma cueva, en un picacho de la citada Sierra, hay un reducido poblado de la Edad de Bronce (que hemos denominado El Canalón, por situarse frente a un canalón de agua), todavía inédito. Además, en un montículo frente a la Sierra de La Torreta, a su noreste, con la única separación del río Vinalopó, tenemos otro poblado del inicio de la Edad del Bronce o algo anterior, es el poblado denominado La Terraza del Pantano y que podría fecharse entre el 2000 y el 1800 a. C. A escasos metros de este poblado, a la altura del muro del Pantano, se hallaron enterramientos en cueva en la margen izquierda del río, en la Cueva del Hacha, con tres cráneos, un pequeño ajuar y, a 100 ms. de éste, otro cráneo en superficie.

A este conjunto del Pantano pertenecen microlitos de sílex, hachas púldas de fibrolita, punzones óseos y metálicos, y cerámicas hechas a mano lisas, a excepción de dos fragmentos decorados con finas incisiones, que corresponderían al tipo denominado campaniforme.

También en el paraje de La Jaud, junto al puente del ferrocarril sobre el río, hay otro poblado de la Edad del Bronce que presenta restos de fortificaciones y materiales cerámicos, líticos y óseos, que están en el Museo de los P.P. Reparadores de Novelda.

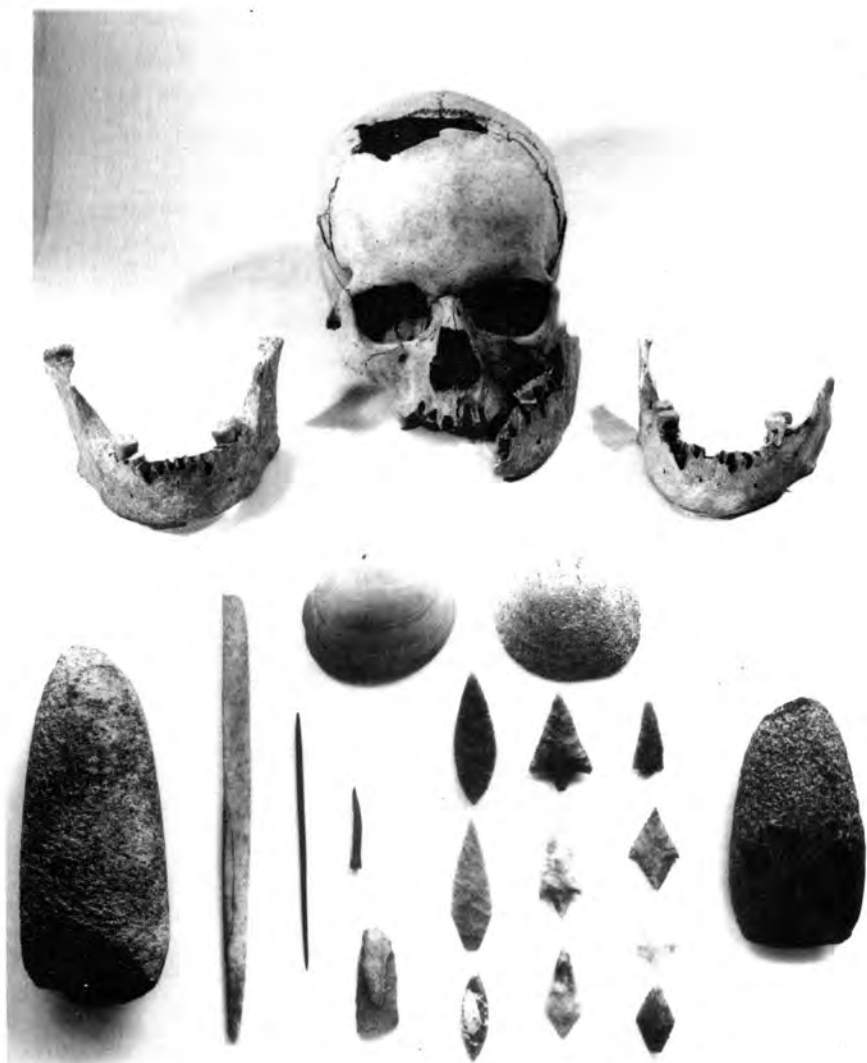
Resumiendo, en la Sierra de La Torreta, en sus vertientes del centro-este, aparecen las primeras huellas de los hombres hacia el 2500-2000 a. C. (Eneolítico Pleno-Final), que continuaron habitando la zona del Pantano entre el 2000 y el 1800 a. C. (Horizonte Campaniforme de Transición).

En un momento de este último período, y con seguridad desde el 1800 a. C. (Bronce Pleno), se constituiría el poblado del Bronce en El Monastil, que por los restos arqueológicos que en él se han hallado, estuvo habitado hasta al menos el 1000 a. C. (Bronce Tardío), o incluso hasta la aparición de la cultura ibérica hacia el 500 a. C.

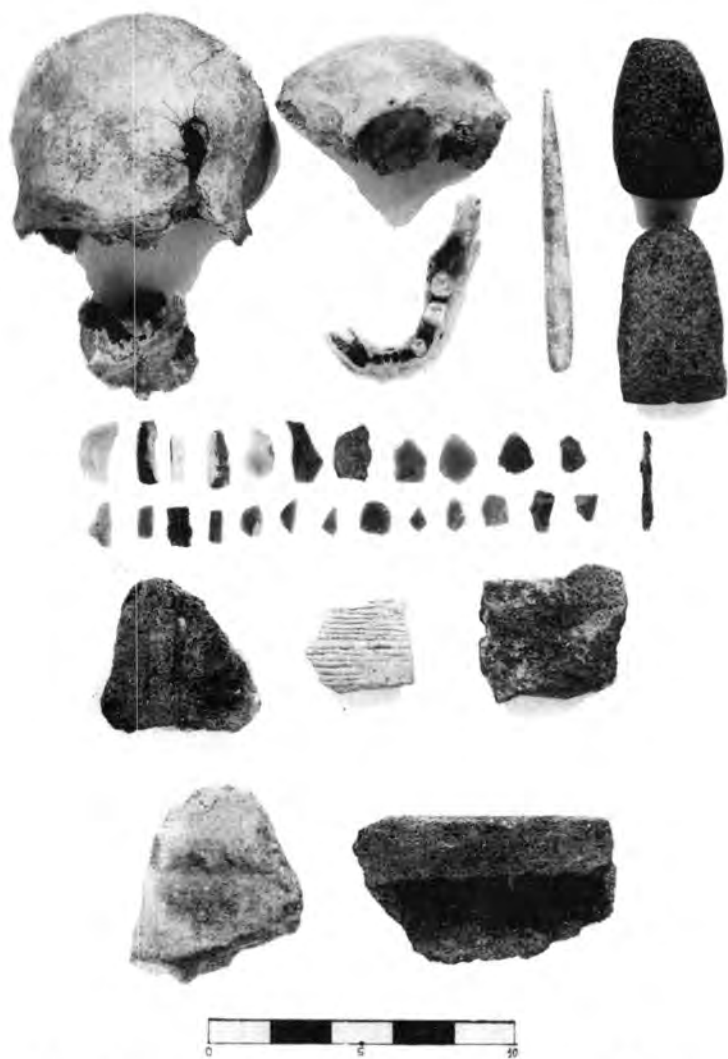
## **LA CULTURA DEL BRONCE Y EL MONASTIL**

En los primeros siglos del II milenio a. C. se observa la aparición de numerosos poblados, situados en cerros elevados. A lo largo de ese milenio asistimos al desarrollo de la tecnología del Bronce, primero arsenical y luego el bronce propiamente dicho (con estaño). Los objetos metálicos son ahora mucho más abundantes, y ello gracias a los contactos de





*Figura 6.-* Cueva funeraria de la Casa Colorá: restos humanos acompañados de ajuar metálico, lítico y óseo.



*Figura 7.- Laderas o Terrazas del Pantano: restos humanos e instrumentos metálicos, líticos, óseos, y cerámicos (algunos son del tipo decorado campaniforme).*

las tierras alicantinas (sin minas) con el Sudeste peninsular, donde se desarrollaba el Bronce Argárico, y de donde era necesario importar el cobre y el estaño (de minas murcianas) para fundir en los mismos poblados los adornos y las armas.

Debido a esos contactos con los focos metalúrgicos del Sudeste, se ven influenciadas por la cultura árgarica áreas como la de la Vega Baja del Segura, el campo de Elche y el Vinalopó, y alguna otra zona marginal de Alicante.

De modo que, en la provincia de Alicante constatamos la existencia de poblados del Bronce Valenciano, pero también del Bronce Argárico. Los primeros se caracterizan por ser poblados pequeños (algunos de sólo tres o cuatro casas) en lugares de difícil acceso y con murallas, con no demasiados útiles metálicos, y con creencias religiosas que obligan a enterrar a los muertos fuera del poblado, normalmente en huecos naturales de montaña, y de forma individual. Los segundos poblados son más accesibles, presentan abundancia de metal y enterramientos debajo de las casas.

- También entre sus instrumentos hay diferencias: cerámica, útiles líticos, etc., aunque con las investigaciones se ve más evidente la existencia de tipos de Bronces comarcales que, a veces, dificultan el poder adscribirles con certeza a uno u otro tipo de Bronce: Serra Grossa (Alicante), Mola Alta de Serelles (Alcoy) y Mas Felip (Ibi), son ejemplos de poblados del primer tipo; S. Antón (Orihuela), La Isleta (Campello), Cabezo Redondo (Villena), del segundo tipo; y el Tabaià, La Horna (Aspe), El Monastil (Elda) y casi todos los del valle del Vinalopó del tercer tipo o facies comarcal.

Las gentes de este momento son agricultoras, de base cerealística, como se aprecia en la abundancia de hallazgos de hoces con dientes de sílex, molinos barquiformes, morteros,

hachas o azuelas, y cereales carbonizados. También es importante la ganadería por suponer un aprovechamiento cárnico, lácteo y de cuero para vestidos, que también se hacían de lana y quizás con lino. La caza está siendo suplantada por la ganadería, como se observa en el poblado de Cabezo Redondo (Villena), donde el 88'43 por ciento de los huesos recogidos son de animales domésticos.

Los poblados son de pequeñas casas, construidas generalmente con piedra y barro, y cubiertas con ramajes calafateados (con barro). La cerámica se fabrica a mano y va de la más basta hasta la pulida de gran calidad. Abundan las pesas de telar y los punzones óseos y metálicos.

A finales del II milenio a. C. se aprecian nuevas influencias externas, esta vez procedentes de La Meseta (Cultura de las Cogotas I), que marcan a la fase del Bronce Tardío (1300-1000 a. C.).

Desconocemos cómo sería el poblado de El Monastil en esta época, cuya planta se adaptaría a las curvas de nivel del terreno formando terrazas. Las casas y estructuras del poblado fueron arrasadas por las construcciones ibéricas posteriores, y la naturaleza de las antiguas excavaciones realizadas nos impide conocer la relación entre ambas.

Los materiales hallados se conservan en el Museo Arqueológico Municipal de Elda, y son los típicos de la Edad de Bronce en el territorio valenciano: cerámica hecha a mano de tonos negro-grises o castaños, que incluso se combinan en una misma pieza, el tratamiento de su superficie puede ser basto, alisado y bruñido. Las formas son cuencos, vasos carenados y globulares, con o sin cuello, y con borde exvasado o recto. La mayoría de objetos presentan apéndices en el borde o el cuello, son los mamelones, a veces substituidos por asas

verticales en el hombro o el cuello. También hay varias hachas pulidas, algunas piezas de sílex (puntas de flechas, raspadores y buriles), cuentas de collar de concha de caracol, molinos barquiformes y morteros, punzones óseos y de bronce, huesos de jabalí, ciervo, cabra y buey.

Hemos hallado algunos fragmentos de vasos campaniformes en El Monastil, lo que prueba que el Bronce es aquí muy antiguo, enlazando con el Horizonte Campaniforme de Transición (2000-1800 a. C.). Antigüedad que encaja con la cronología aportada con el Carbono 14 en poblados vecinos: Terlinques  $1850 \pm 75$  a. C., Cabezo Redondo I  $1613 \pm 55$  a. C., ambos en Villena y Catí Foradà  $1552 \pm 150$  a. C. en Petrer.

La presencia que hemos detectado de cerámicas, excisas y de boquique, hablan de una fase del Bronce Tardío en El Monastil, de esporádicos contactos con La Meseta (Cultura de Las Cogotas) entre el 1300 y el 1000 a. C. También existen algunas cerámicas incisas que hacen pensar en una fase del Bronce final que llegaría hasta el 650/600 a. C. Con esta última fase las gentes de El Monastil alcanzarían los albores de la Cultura Ibérica (500 a.C.).



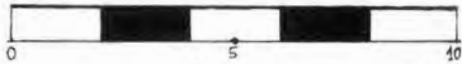
Figura 8.- Cerámicas lisas; de tradición campaniforme; incisas; y de boquique.



a



b

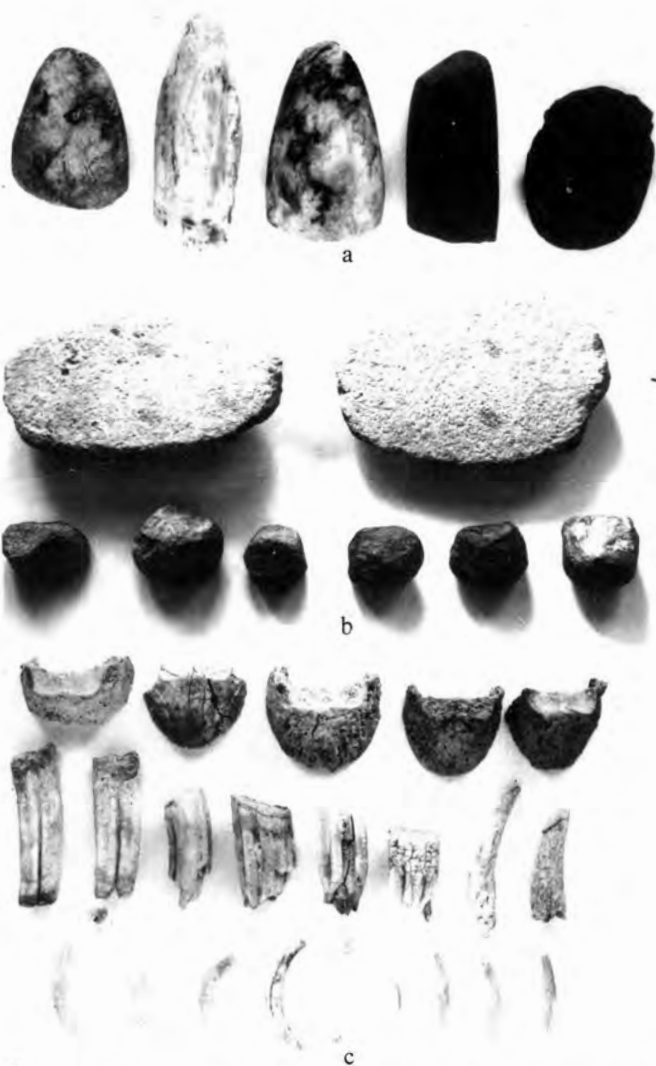


*Figura 9.- a. fragmentos cerámicos cuya superficie presenta las marcas del entramado de hojas vegetales, que formaban el cestillo en el que se fabricó el objeto al que pertenecen dichos fragmentos. b. hacha de bronce.*



Figura 10.- a. punzones de hueso y de bronce; adorno de piedra. b. instrumentos líticos, de sílex.





*Figura 11.- a. hachas y azuelas de piedra. b. molinos barquiformes para moler los granos de cereal. c. restos de caballo, ciervo, jabalí, y buey.*

# EL PERÍODO DE LA CULTURA IBÉRICA

## LA APARICIÓN DE LAS GENTES DE LA CULTURA IBÉRICA EN EL MONASTIL

La aparición de la cultura ibérica es un fenómeno de aculturación en el que la civilización indígena se desarrolla hasta cotas muy altas.

En el siglo VIII a. C. aparecen nuevas influencias en las tierras alicantinas; unas llegan desde la Baja Andalucía, área del reino de Tartessos, y otras proceden de pueblos mediterráneos dedicados al comercio. A consecuencia de esos contactos, evidentes en la Vega Baja del Segura, aparecen las primeras cerámicas a torno, una importante orfebrería, y una serie de innovaciones económicas.

Las excavaciones realizadas en Los Saladares (Orihuela) y en Peña Negra (Crevillente), reflejan una influencia de colonizadores semitas sobre indígenas del período del Bronce Final, que estaban en constante evolución.

En torno al 500 a. C. a consecuencia de tales influencias sobre poblaciones indígenas, surge la cultura ibérica. Algunos de sus pueblos y regiones nos son conocidos por los textos clásicos. A nosotros nos interesa la región de Contestania, que abarcaba, según E. Llobregat, desde el Júcar hasta el Segura, siendo sus fronteras interiores semejantes a las actuales del País Valenciano. A este territorio ibero contestano pertenecería el poblado de El Monastil.

La cultura ibérica alcanzó un elevado desarrollo en múltiples niveles; en lo material, comienza a usarse el torno alfarero y la tecnología metalúrgica del hierro, que permitió el disponer de herramientas agrícolas y de armamento; en la faceta religiosa se construyen templos y se crea o acepta un mundo fantástico de animales monstruosos, en relación con sus ideas mitológicas sobre el hombre y el mundo; en lo artístico aparecen esculturas y cerámicas de extraordinaria calidad; en el terreno urbano destaca la proliferación de poblados fortificados, que continuaban la tradición de la Edad de Bronce. También destaca la gran cantidad de productos importados que testimonian un intenso comercio con el resto del Mediterráneo y con los pueblos del interior.

En la última etapa de este momento aparece la moneda en los poblados ibéricos de la provincia de Alicante, procediendo el monetario, principalmente, de las cecas de Saitabi (Játiva), importante centro económico de la Contestania, de Arse (Sagunto), y de Cartago Nova (Cartagena).

En esta época aparece también la escritura. Contamos con numerosos textos en todo el País Valenciano, que escritos en ibérico sobre láminas de plomo o cerámica, no han podido ser descifrados. Sin embargo, conocemos el valor de casi todos los signos, gracias a las monedas bilingües ibero-latinas y al estudio del profesor Gómez Moreno sobre uno de los plomos del poblado de La Serreta (Alcoy), escrito en jonio, que junto a los alfabetos meridional y oriental, constituyen los tres sistemas de escritura utilizados por los íberos.

Los poblados se situaban generalmente en zonas altas, dominando las vías de comunicación y las tierras de cultivo. Son, normalmente, poblados amplios que se fortifican con murallas que pueden presentar torres cúbicas. Las casas



Figura 12.- Principales pueblos de Iberia con indicación de la ubicación de El Monastil (mapa según A. J. Domínguez Monedero, en Lucentum, III, 206).

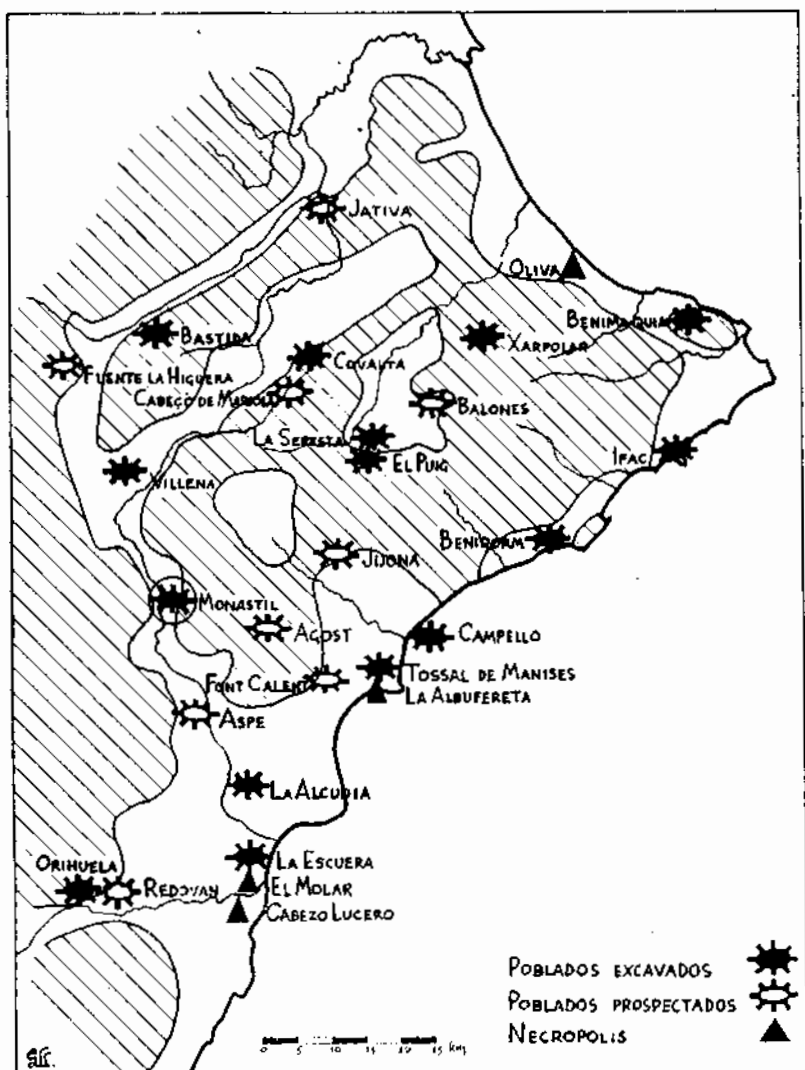


Figura 13.- Delimitacion de la Contestania Ibérica. según Enrique Llobregat.

pueden ser de varias habitaciones, con bancos adosados a sus paredes de piedra y adobe o tapial, enlucidos o no, y se distribuyen a lo largo de calles o circundan grandes plazas.

En las cercanías de los poblados se encuentran las necrópolis. Los muertos se incineraban y sus cenizas se colocaban en el interior de una urna de cerámica, en un hoyo, rodeado o no de piedras. A veces, se depositaban en el interior de una escultura. Frecuentemente, las necrópolis contaban con esculturas ibéricas de toros y animales alados o con cabeza humana que se destruyeron, sin causa conocida, hacia mediados del siglo IV a. C.

El culto religioso contaba con cuevas-santuarios y con santuarios al aire libre, como el de La Serreta, en Alcoy, que se relaciona con la adoración de una diosa de la fecundidad. Los fieles ofertaban unos pequeños exvotos de barro, (en otros lugares de bronce), que representaban a la diosa, sola o con otras figuras.

Los iberos tenían una economía preferentemente de base agrícola, especialmente de secano. Se conocen muchos instrumentos agrarios (arados, legones, hoces, yugos, etc.) muy semejantes a los usados hasta hace unos años. La ganadería también jugaba un importante papel en su economía, tal y como lo atestiguan los restos hallados y las representaciones en cerámica y otros objetos, y de los vestigios hallados en poblados y necrópolis ibéricas.

Poco sabemos de las actividades industriales. Los productos más fabricados serían de cerámica. Una metalurgia local o comarcal también parece destacarse, de modo que, hallamos abundantes objetos de hierro, plomo y bronce. Igualmente, está presente el trabajo de la madera y el hueso.

Esta economía ibérica no estaba cerrada al exterior, en los

poblados solemos encontrar numerosas piezas llegadas a través del comercio foráneo, sobre todo, griego y púnico. Particularmente importante fue el comercio de objetos menores púnicos, traídos de la colonia de Ibiza, que polarizaba y regulaba tal comercio.

A falta de minas, el ibero pudo exportar productos de esparto, lino, lana, cereales, miel y salazones.

Poco es lo que sabemos de la sociedad ibérica. Parece que eran «tribus» que habitaban ciudades cuya organización urbana y las técnicas constructivas usadas, alcanzaron un nivel de desarrollo muy alto. Estrabón escribió sobre esa división en tribus y dijo que debido al gran orgullo local nunca se alcanzó la unidad política de Iberia. En sus ciudades existirían reyezuelos (regulos) y asambleas de gobierno con una aristocracia y una importante estratificación social: guerreros, sacerdotes, agricultores, pastores, artesanos...

Los principales restos de la cultura ibérica alicantina se distribuyen por la Vega Baja del Segura: El Oral, Los Saladares, El Molar, La Escuera, Cabezo Lucero; la zona de Elche: la Alcudia, Peña Negra, Sta. Pola; la zona de Alicante: El Tossal de Manises, La Albufereta, la Isleta de Campello; la zona de Alcoy: El Puig, La Serreta; y el Medio Vinalopó: Puntal de Salinas, El Monastil.

Los procesos técnicos, culturales, que caracterizaban el momento denominado Preibérico, en yacimientos indígenas como los ya citados de Los Saladares y Peña Negra, desencadenaron una evolución cultural que se extendió por otros poblados indígenas próximos, es el caso de el poblado de El Monastil, en el valle del Vinalopó, que a través de éste y desde el área oriolano-crevillentina, recibiría las influencias orientales (fenicio-púnicas) que derivarán en la aparición de la cultura

ibérica. En El Monastil es muy probable que ello ocurriera en el paso del siglo V a. C. al IV a. C., como se desprende de los materiales que hallamos en un estrato profundo y antiguo, en la última excavación realizada en el citado poblado, en 1984.

El proceso de origen y desarrollo de la cultura ibérica en El Monastil nos permite distinguir varias fases de la misma. Adentrados en el siglo V a. C. dicha cultura ya estaría formada, iniciándose a partir de entonces, y hasta finales del siglo III a. C., la fase de El Monastil que denominamos Ibérico I o Antiguo, que luego dió paso, desde esa última fecha hasta mediados del siglo I a. C., al Ibérico II o Reciente, que será sucedido por la fase de romanización que cristalizó en la formación de un núcleo romano.

Si bien en la alterada estratigrafía de este yacimiento se intuye la evolución descrita, de la comparación de esta estratigrafía y sus materiales con la propuesta por R. Ramos para La Alcudia de Elche, obtenemos la ayuda precisa para creer que en nuestro poblado se dió el mismo proceso evolutivo, aunque con un nivel de vida más humilde que en La Alcudia.

El poblado ibérico de El Monastil se organiza urbanísticamente a partir de una calle larga y central, a cuyos flancos se distribuyen los compartimentos o viviendas. Todo el urbanismo del poblado se adapta a la topografía, a las curvas de nivel del terreno.

El poblado que conocemos hasta hoy es fundamentalmente una acrópolis, o ciudadela elevada hasta la última estribación este de la Sierra de La Torreta. Pero al pie de tal estribación, en terrazas de llanura, hemos localizado recientemente nuevas estructuras; ahora es evidente que el poblado ibérico se extendía, también, por las llanuras que desde la falda de la Sierra caen hasta las riberas del río Vinalopó. Precisamente,





*Figura 14.-* Vista aérea del poblado de El Monastil y la zona de su ubicación.  
( Fotografía cedida por J. M. Humaran, de la Oficina Técnica del Ayuntamiento de Elda).

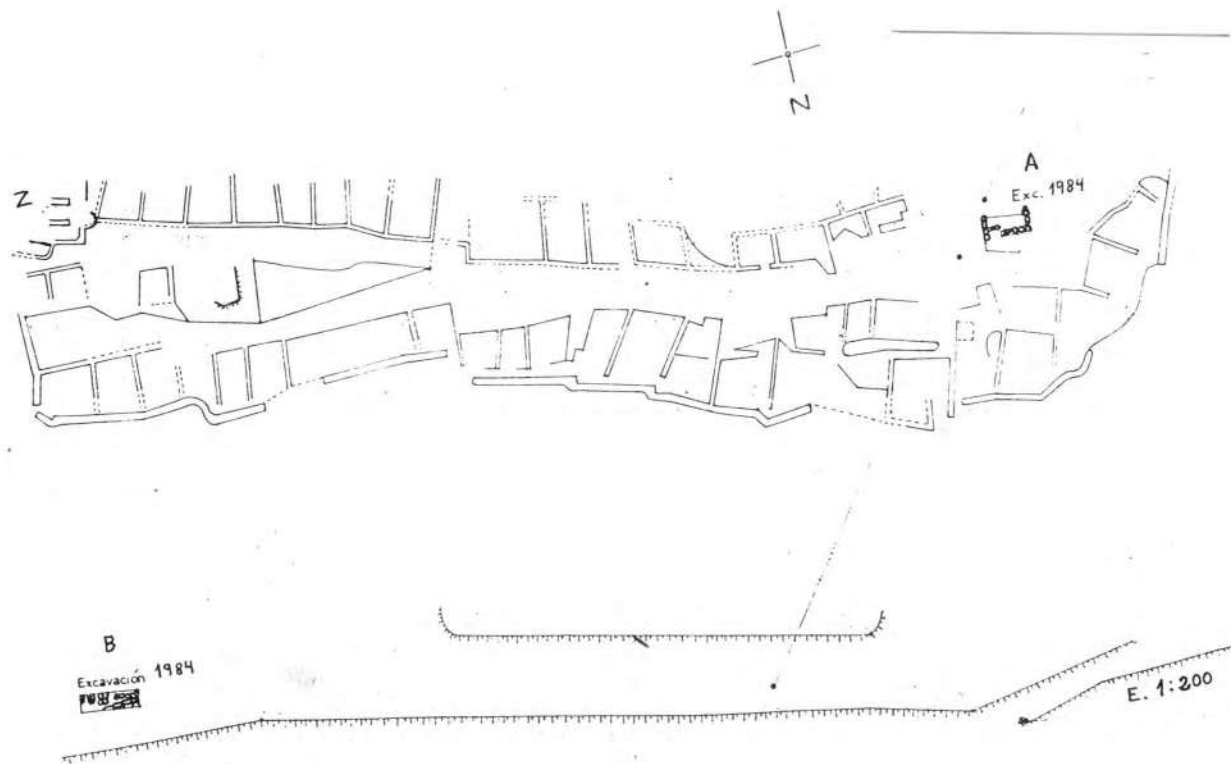


Figura 15.- Plano actual de El Monastil.

una de las nuevas estructuras halladas, la aparecida en el nivel más profundo (hacia los 1'80 ms.) de una cata realizada en el verano de 1984, es la construcción más antigua que conocemos del poblado (al menos del siglo V a. C.).

Estas nuevas estructuras quedan fuera de la ciudad alta y de la montaña, de las que aparecen separadas por los restos de una gruesa muralla, hoy muy destruida, que muestra parte de un cubo o torreón. Dicha muralla alterna con la propia roca, consiguiendo entre ambas fortificar el poblado; su parte elevada.

Las viviendas se han construido teniendo en cuenta la pendiente existente en la sierra, que se inclina hacia el sur. Además, se adaptan perfectamente a las irregulares condiciones del terreno, e incluso aprovechan en algunas ocasiones, la propia roca como un muro más que, junto a los otros tres muros fabricados con piedras cogidas con barro, constituyen el zócalo de la vivienda, que suele ser de aproximadamente 1 m. de altura sobre el que se construyen las paredes de adobes o tapial. Como cubierta se empleó un conjunto de troncos, ramas y barro, que formaban, seguramente, una única pendiente. El suelo de las viviendas era de tierra apisonada, a veces, con incrustaciones esporádicas de cerámicas.

Las viviendas tienen formas cuadradas o rectangulares, teniendo algunos muros medianeros, comunes entre dos viviendas. Las hay de doble cámara comunicadas por una puerta que en ocasiones presenta sólidas jambas.

La alineación de viviendas del flanco norte cuenta con 21 estancias, que tienen entre 6 y 12 ms. cuadrados habitables. Las más occidentales tienen a la misma roca como muro trasero.

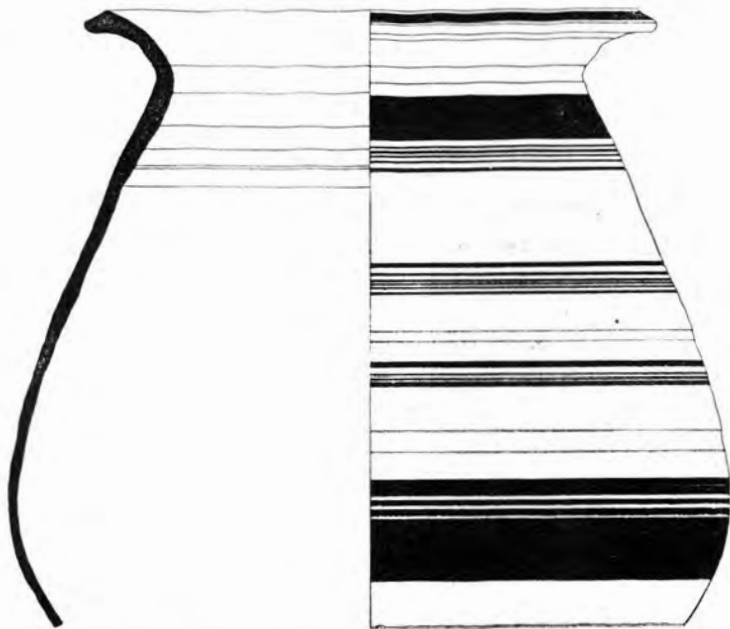
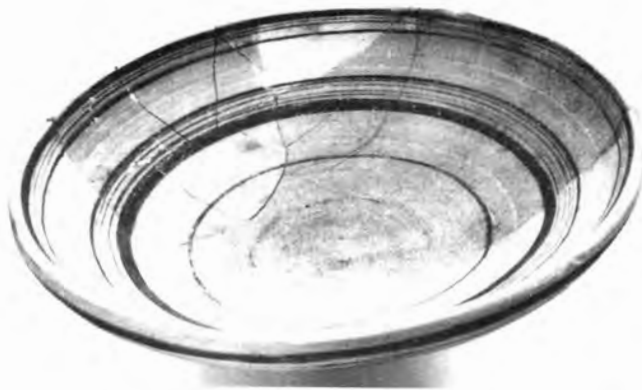
Las viviendas distribuidas en el flanco sur suman un total de 25, destacándose dos de ellas con 30 ms. cuadrados habitables. Curiosamente presentan algunas dos puertas, una que da a la calle central, y otra que lleva a la ladera sur, y que está a una cota muy inferior a la anterior, desde la cual se accede a la calle mediante cortas escaleras, normalmente excavadas en la roca.

En la zona más occidental y alta se encuentra un núcleo de 5 estancias, que cierra el poblado por esa parte.

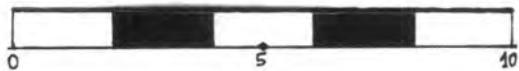
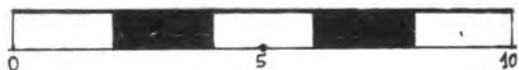
De modo que la «acrópolis» de El Monastil posee alrededor de 51 estancias, de las que probablemente un tercio (17) son de uso impreciso, por lo que tendríamos 34 viviendas habitables. Si aplicamos el índice 5, más o menos aceptado, en la relación habitantes/familia (vivienda) y propuesto por Serra Rafols, nos ofrece la posibilidad de que existieran 170 habitantes en la parte alta. Sin embargo, los habitantes debieron superar esa cifra en el momento de máxima actividad del poblado (siglos II-I a. C.), si sumamos los de la cima con los que habitarían la llanura.

La necrópolis de nuestro poblado no se ha descubierto todavía. Sin embargo, quizás en relación con él estaría la probable necrópolis de El Chorrillo, a escasamente 2 kms. al norte, en una llanura atravesada por el Vinalopó, donde hemos hallado cerámica ibérica pintada de estilo geométrico simple, cerámica ática de barniz negro y una campanilla de bronce; y donde apareció a principios de siglo la escultura del Toro de Sax (límite de Sax, Petrer y Elda) hoy desaparecida. Todo ello plantea la posible existencia de una necrópolis ibérica del siglo IV a. C., aunque hasta hoy no tenemos noticias de enterramientos que lo confirmen.

Las fuentes escritas antiguas, grecorromanas, no nos informan sobre el nombre de la ciudad ibera de El Monastil,



*Figura 16.-* Plato y urna de cerámica ibérica decorada con bandas y filetes pintados en colores sienas.



*Figura 17.-* Fragmento de asa de ánfora ibérica sobre la que apreciamos la marca del alfarero.



a



b

*Figura 18.- a. Fragmentos de cerámica ática de figuras rojas. b. Fragmento del fondo y base de una gran kratera ática.*



*Figura 19.-* Objetos de cerámica de barniz negro de tipo campaniense; los primeros presentan motivos decorativos pintados en blanco, y los últimos muestran parte de un grafito en griego y parte de otro en ibérico.





Figura 20.- a y b cerámicas ibéricas con decoración im-presa. c. Vasijas de cerámica ibérica arcaizante.

pero sí nos dan la denominación que tuvo en época romana: ELLO o ELO.

Sin embargo, esta denominación de época romana se deriva de la que debió tener en época ibérica, quizá ILO. A esta hipótesis llegamos en base a la filología y la opinión de un especialista de la lengua ibera, el profesor Untermann, que defiende para la raíz ibera ili-, il- el significado de «ciudad». Además, se apoya en que POMPAELO (la Pamplona romana) es un término toponímico compuesto por dos elementos: Pompeyo y Elo, que unidos significan ciudad de Pompeyo, es decir, es igual hablar de Pompaelo que de Pompeyopolis. En cuanto al paso de ILO a ELO, se podría explicar por el hecho de que la inicial en una palabra ibérica suele desaparecer o convertirse en una e-: Iliberis, Elbira en Granada; Ilici, Elice, Elche. Con todas estas mismas reglas filológicas podríamos admitir la secuencia Ilo, Elo/Ello, y posteriormente Ella (nombre de Elda en la época medieval) y Elda (denominación actual).

Para saber hasta qué punto fue importante la cultura ibérica en El Monastil, debemos analizar su cultura material, es decir, los restos arqueológicos allí aparecidos y que conocemos hasta hoy, que están expuestos o almacenados en el Museo Arqueológico Municipal de Elda.

La importancia de los materiales aparecidos en nuestro yacimiento ha hecho que se escribieran hasta hoy unos pocos artículos de no demasiada relevancia, o que se citaran algunos de sus materiales en obras más generales pero de importancia. Es por ello que, ahora, trataremos de dar una visión total o de conjunto de materiales arqueológicos significativos, que ayuden a comprender mejor la evolución histórica ocurrida en el poblado de época ibérica.

## **Fase Ibérica I de El Monastil (ss. V-III a.C.)**

De este período es del que menos materiales y restos constructivos poseemos. Sin embargo, en la llanura al pie de El Monastil, hemos localizado recientemente una nueva zona donde realizamos una pequeña excavación que nos informó de la existencia de esta fase antigua.

La técnica constructiva es la de muros fabricados con gruesas piedras cogidas con barro. La orientación del muro hallado perteneciente a esta fase, es S-W/N-E.

Hasta hoy no se han encontrado restos escultóricos ni de arquitectura monumental, que son elementos característicos de otros poblados de este período.

A la ciudad de este momento pertenecen los siguientes materiales cerámicos: restos de cerámicas orientales, la ática de figuras rojas, la de barniz negro y alguna campaniense A antigua, en una de las cuales apreciamos parte de un grafito en griego. En la cerámica ibérica destacan unos pocos objetos (platos) decorados de pintura bícroma, el resto de piezas son monocromas, predominando los colores siena, marrón y rojizo o anaranjado. Los motivos decorativos son geométricos simples, bandas anchas alternando con filetes o finas líneas, semicírculos, segmentos de círculos concéntricos, círculos atravesados por una línea, líneas en zig-zag e incluso alguna serie de eses. También existen en esta fase cerámicas bastas indígenas, que recuerdan a las de época del Bronce, son las denominadas arcaizantes, algunas de las cuales presentan como decoración incisiones o impresiones (volutas, eses, etc.), en general son de color gris-negruzco. Las cerámicas grises ibéricas de mejor calidad también se encuentran, son platos de tipología antigua, con modelos púnicos. Hay ánforas

ibéricas, alguna de tipología púnica, que presenta marca incisa sobre el asa. La cerámica ibérica pintada suele corresponder a vasijas con borde en forma de cabeza ánade, y platos con borde engrosado, alguno al interior. Es posible que, algunas cerámicas con decoración pintada zoomorfa, esquemática e ingenua, sean de este momento.

A esta fase ibérica antigua pertenecen dos piezas muy significativas, realizadas ambas en bronce. Se trata de una fíbula de doble resorte; y los restos de asas de aguamanil o «braserillo», cuyo empleo se relaciona con libaciones sagradas.

Es muy interesante la presencia de dos exvotos o idolillos de bronce en El Monastil, y un tercero procedente de Bolón, donde existió otro asentamiento ibérico, hasta hoy mal conocido. Este tipo de exvotos no son frecuentes en la provincia de Alicante; sólo se conocen los casos del guerrero de Villajoyosa y el jinete y el torito de Mogente. Tales piezas son abundantísimas en los santuarios ibéricos de la Alta Andalucía, sobre todo en la provincia de Jaén, donde aparecen por millares. De modo que, las piezas de Elda, Mogente y Villajoyosa, podrían significar que existían determinados contactos? con el área de Jaén y la Alta Andalucía. Posibilidad nada descabellada, ya que Alicante y Valencia se encontraban bien comunicadas con aquella región andaluza, a través de una importante ruta ibérica (luego también romana), que desde el área de Villena-Fuente La Higuera penetraba hacia Castulo y Linares (importantísima zona minera).

El exvoto de Bolón representa a un oferente, quizá un sacerdote, vestido con una túnica corta y en la cabeza el cerquillo de tonsura. El de El Monastil, mejor conservado, representa una figura femenina, una sacerdotisa. Su representación es esquemática, con especial detalle en el rostro, de

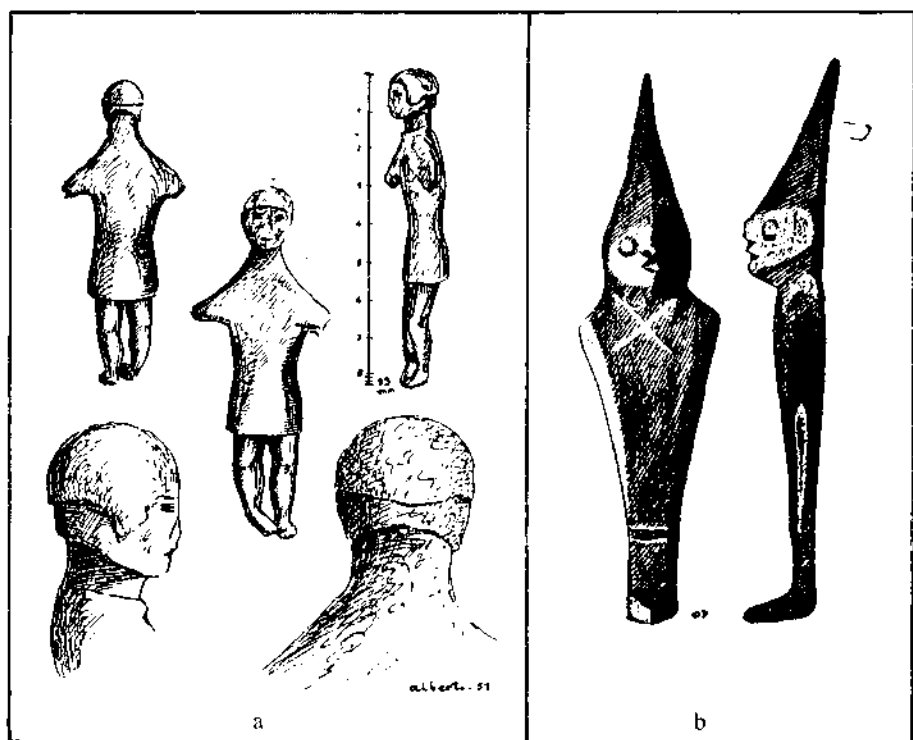


Figura 21.- a. exvoto de bronce hallado en Bolón, que representa un sacerdote ibérico (dibujo de A. Navarro). b. exvoto de bronce hallado en El Monastil, que representa una sacerdotisa ibérica (dibujo A. Navarro).

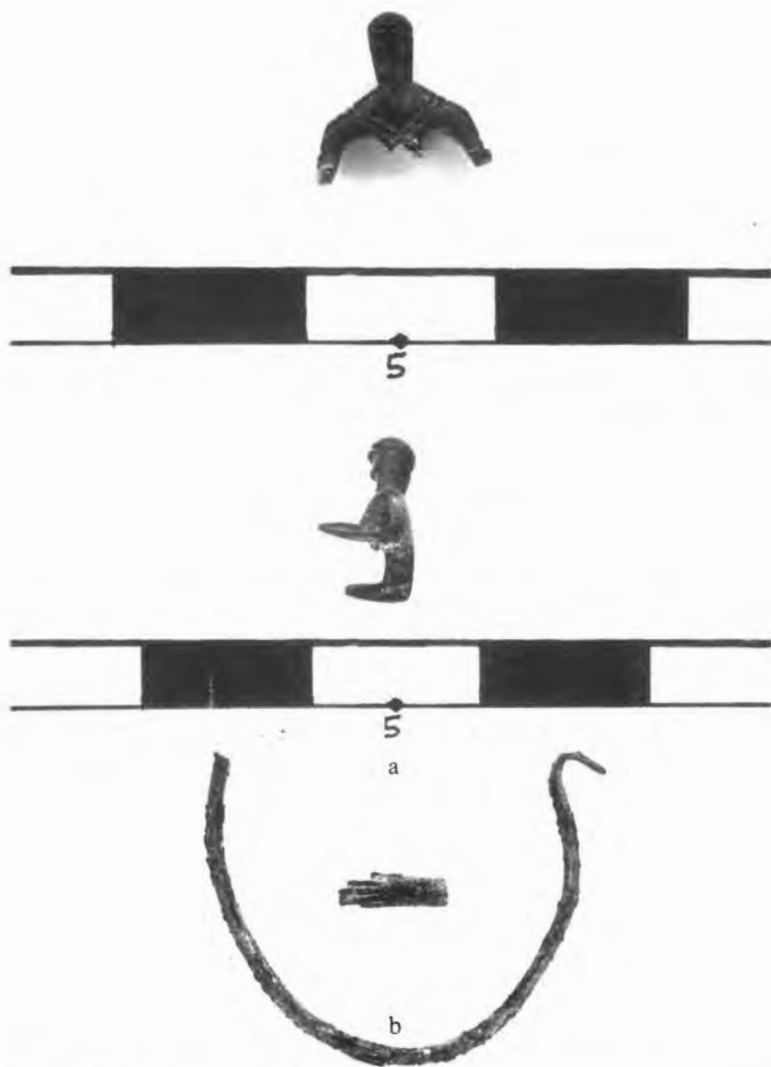


Figura 22.- a. fragmento de la parte superior de exvoto de bronce que representa un guerrero. b. Fragmentos de bronce de «braserillos».

rasgos cuidados. Va vestida con una túnica y cubierta con un velo abierto por delante y en la cabeza presenta una alta mitra. El segundo exvoto de bronce representa un guerrero, pero sólo se ha conservado su mitad superior. La cabeza aparece cubierta por un simple casquete liso. Muy probablemente vestiría una túnica. Sus manos son apuntadas y hacia adelante. Dos correas se cruzan por el pecho y la espalda, que corresponderían al típico escudo circular ibérico, caetra, o a simples cinturones.

La presencia en El Monastil de estos exvotos no significa, en absoluto, que aquí se ubique un santuario ibérico, en contra de lo que en alguna ocasión ha sido afirmado por erúditos locales.

La ciudad ibérica a la que corresponde el conjunto de materiales enumerados nos es prácticamente desconocida, pero gracias a ellos hemos podido conocer la existencia de tal comunidad ibérica durante los siglos V, IV y finales del III a. C. . Sus habitantes son los que se beneficiarían del comercio fenicio-púnico, y en menor grado del griego.

### **Fase Ibérica II de El Monastil (finales siglo III-mediados del siglo I a. C.).**

El paso de una fase a otra no lo conocemos bien, sin embargo, en algunas ocasiones vemos ciudades ibéricas antiguas que son destruidas en un momento del siglo IV o III a. C., lo que suele relacionarse con acciones bélicas cartaginesas o con revueltas sociales internas, aunque ambas causas pudieron darse y ser complementarias. Posteriormente, a finales del siglo III a. C., parece que se reconstruye El Monastil que mantendrá cierta influencia púnica, por la acción comercial

con la colonia de Ibiza. Donde mejor se observa la destrucción y reconstrucción de una ciudad ibérica es en La Alcuñia de Elche (Ilici). Nosotros apuntamos la posibilidad de que sucediese el mismo fenómeno en la ciudad ibérica de El Monastil. Lo hacemos en base a la estratigrafía obtenida en el sector B, cuadrícula A-I, en el transcurso de nuestra excavación del verano del 1984; aunque es una hipótesis todavía débil, por lo exiguo de lo exhumado.

En la citada estratigrafía observamos que el estrato más antiguo, el de la fase ibérica I, presenta restos de una construcción y algunos materiales arqueológicos que están separados del estrato que se les superpone por una capa de 25-30 cms. de espesor, compuesta por tierra, piedra y algún resto cerámico, sobre el cual se reestructura el terreno con un empedrado que sirve de arranque a nuevos muros de orientación distinta a la de la construcción más antigua, ahora es de N/S y W/E.

De modo que, parece que se dió el final de una fase ibérica, probablemente por destrucción, que con un intervalo de tiempo indeterminado se vió sucedida por una nueva fase de vida ibérica, que es la de su máximo apogeo.

Las viviendas de este nuevo período ibero son de planta cuadrada o rectangular, construidas con piedras cogidas con barro de dimensiones medianas y grandes, que sirven de zócalo sobre el que edificar paredes de adobe o tapial y cubiertas con ramas y troncos calafateados.

Los restos arqueológicos hallados en las viviendas nos muestran las actividades que ocupaban la vida de los habitantes del poblado. Junto a la caza de animales salvajes y la recolección de frutos silvestres, hay una auténtica actividad ganadera y agricultora. Son abundantes los restos óseos de



cabras, ovejas, vacas, jabalíes y caballos; también abundan los molinos de mano, para los cereales y granos en general, que se hallaron en el interior de bastantes viviendas. La pesca en el río Vinalopó no faltaría como complemento de la dieta alimenticia.

El trabajo del esparto debió ser importante gracias a su abundancia en el valle de Elda (hasta finales del siglo XIX era recogido en los montes eldenses, y daba una importante producción de objetos diversos). La cordelería, la cestería y la calzadura, son actividades centradas en el esparto. Enterrada en una vivienda de El Monastil, se halló una suela de esparto que prueba la existencia del calzado fabricado con esta materia prima.

La abundante aparición de pesas de telar de barro en numerosas viviendas, es muestra de una cierta actividad textil, a la que corresponderían, también, las agujas de hueso y las fusayolas de barro.

Una pequeña actividad de fundición de metales se deja intuir en la contemplación del instrumental metálico hallado, especialmente bronce y hierro, y sobre todo en la existencia de acumulaciones de escorias de fundición y restos de pequeños crisoles.

También en la ciudad hubo una importante producción cerámica: piezas para el transporte y almacenamiento de alimentos, piezas de cocina y mesa, y otras de carácter ornamental, destacando en estas las decoradas con pinturas artísticamente aplicadas.

Todas estas actividades se desarrollan de manera artesanal en módulos familiares; sin embargo, la existencia de algunos excedentes, sobre todo, de productos agrícolas, posibilitaría a determinados indígenas de El Monastil que importasen productos de otras regiones, a veces lejanas (del Mediterráneo

Oriental), a través de comerciantes púnicos y griegos.

Los materiales característicos de esta fase final de la cultura ibérica son abundantes y variados. Entre los materiales importados cartagineses destacan cuentas de collar de pasta vítrea, objetos de hueso y marfil, y ánforas. También son importadas otras cerámicas, la campanense A y B y la megárica.

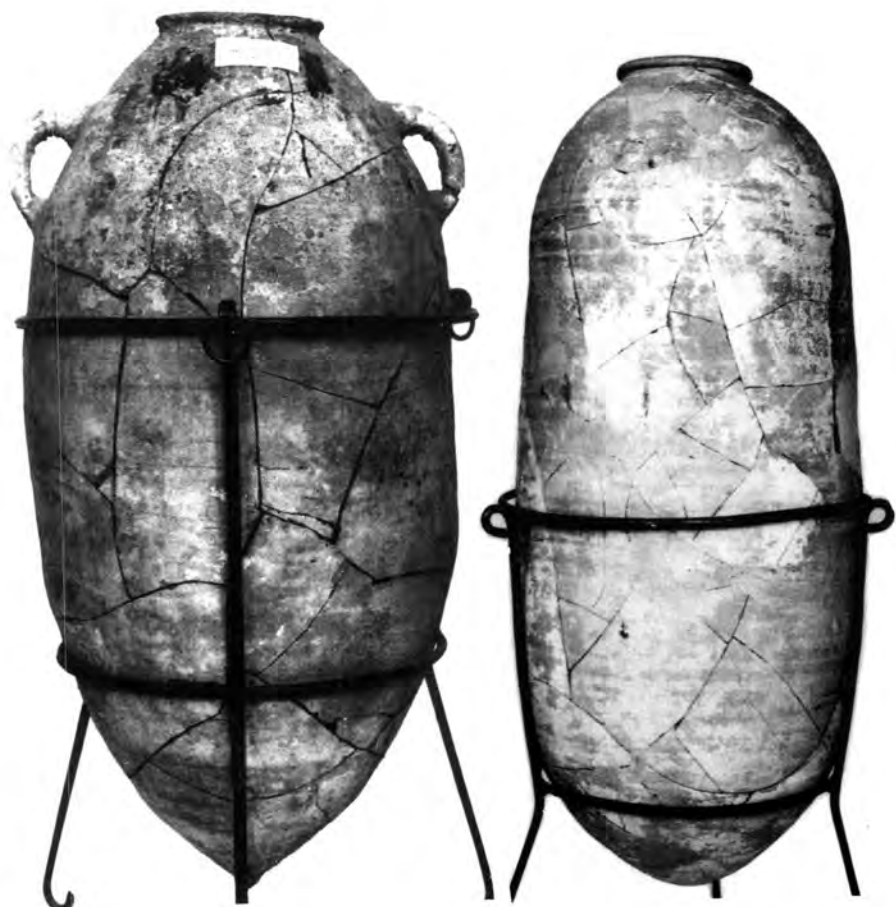
Dejando de lado los restos ibéricos de espadas (falcatas), cuchillos, lanzas y útiles metálicos cotidianos, sobresalen las cerámicas con decoración pintada que reflejan un simbolismo religioso relacionado con temáticas púnicas, apareciendo así nuevos motivos decorativos: figuras humanas, animales, aves, carnívoros, caballos, liebres, peces; y elementos vegetales, flores, tallos, hojas y rosetas. A todos estos motivos hay que añadir elementos geométricos como los de la fase ibérica anterior que son, sobre todo, semicírculos concéntricos y eses.

La ciudad ibérica de esta fase ha ofrecido claras evidencias, aunque pocas, del uso de la lengua ibérica. Tanto en metal, bronce, como en cerámica existen algunos signos del alfabeto ibérico levantino. Normalmente, se trata de signos de carácter metrológico, es decir, los típicos en los sistemas de medidas (capacidad, peso, etc.), que son un instrumento básico para el comercio y la economía en la Antigüedad, en este caso en la cultura ibérica, tal y como se aprecia en algunas piezas de El Monastil. Precisamente, se usaron pesas (pondus) de bronce y plomo, del tipo de las halladas en este poblado.

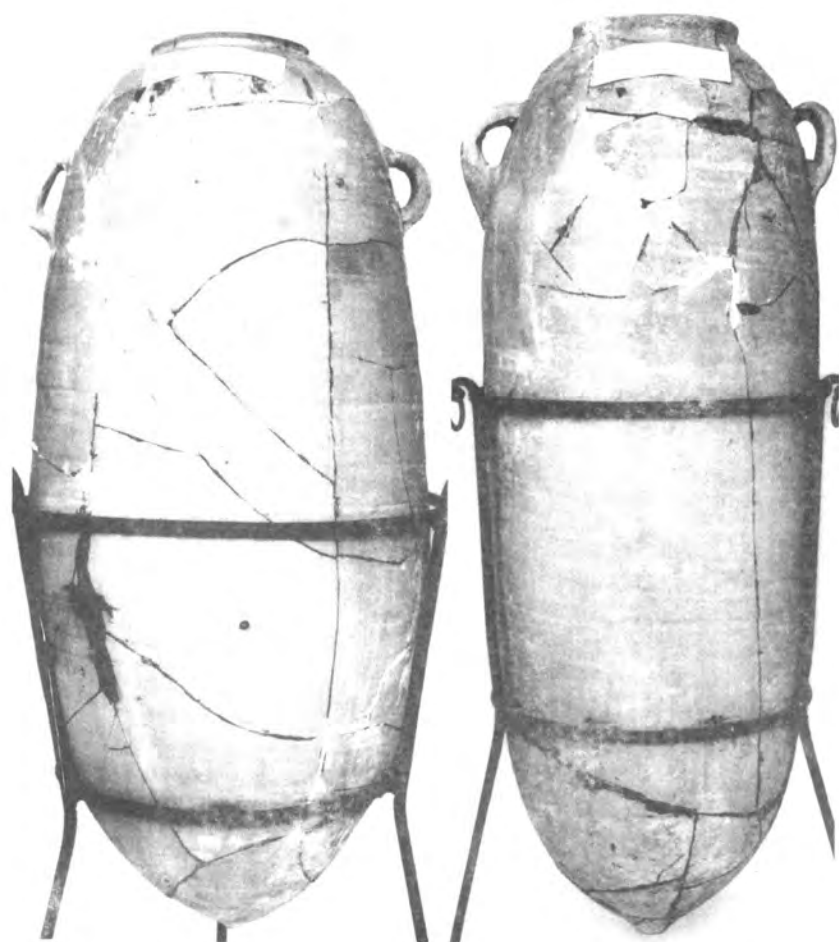
Todo ello manifiesta la existencia de un sistema comercial regular, establecido ya plenamente en esta fase de la cultura ibérica. Este fenómeno es, además, ratificado por la importante circulación monetaria, evidenciado por los numerosos hallazgos de monedas en poblados ibéricos. En esta fase, en El Monastil, se han recogido monedas ibéricas, romanas (republicanas),

púnicas y una griega, citadas de mayor a menor abundancia, de las cecas de Roma, Nemausus (Nimes, en Francia), Cesse (Tarragona), Celsa (Velilla de Ebro), Bilbilis (Calatayud), Arse (Sagunto), Saiti (Játiva), Carthago Nova (Cartagena), Ebusus (Ibiza), Sexi (Almuñecar), Obulco (Porcuna), Emerita Augusta (Mérida), y Aeolis (Eólida, en Asia Menor).

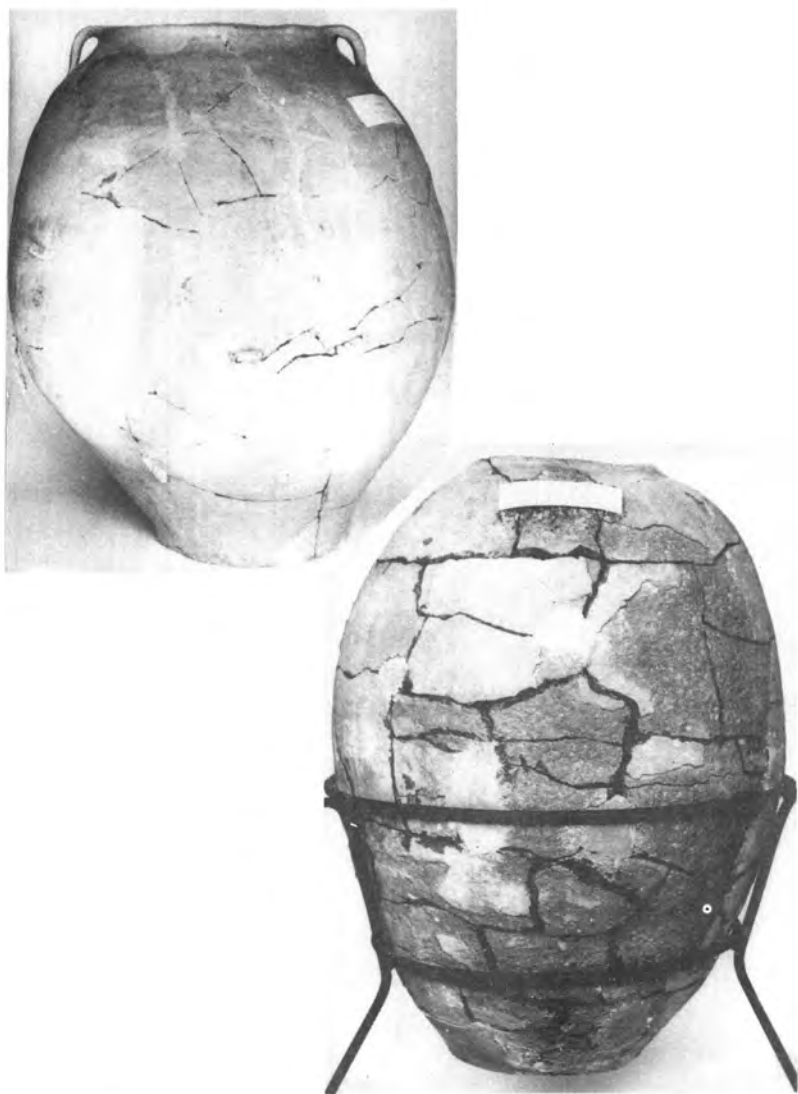
La mayoría de estas ciudades son costeras, abiertas al importante comercio marítimo del momento, y el resto están muy bien comunicadas a las redes viarias naturales más importantes. De modo que, El Monastil mantendría unos estimables contactos comerciales en su posible relación con estas ciudades, peninsulares y extrapeninsulares.



*Figura 23.- Anforas ibéricas para transportar y conservar comestibles.*



*Figura 24.- Anforas ibéricas.*



*Figura 25.-* Grandes vasijas para almacenar viveres



*Figura 26.-* Pequeños platos y vasos caliciformes decorados con motivos pintados geométricos.



a



b

*Figura 28.- Cerámicas ibéricas decoradas con figuras animales: a. «oinochoe» sobre el que se ha pintado un águila explayada. b. «kalathos» sobre el que aparece un lobo que ataca a un caballo.*





*Figura 27.- Vasijas globulares y bitroncocónicas decoradas con motivos geométricos y florales.*



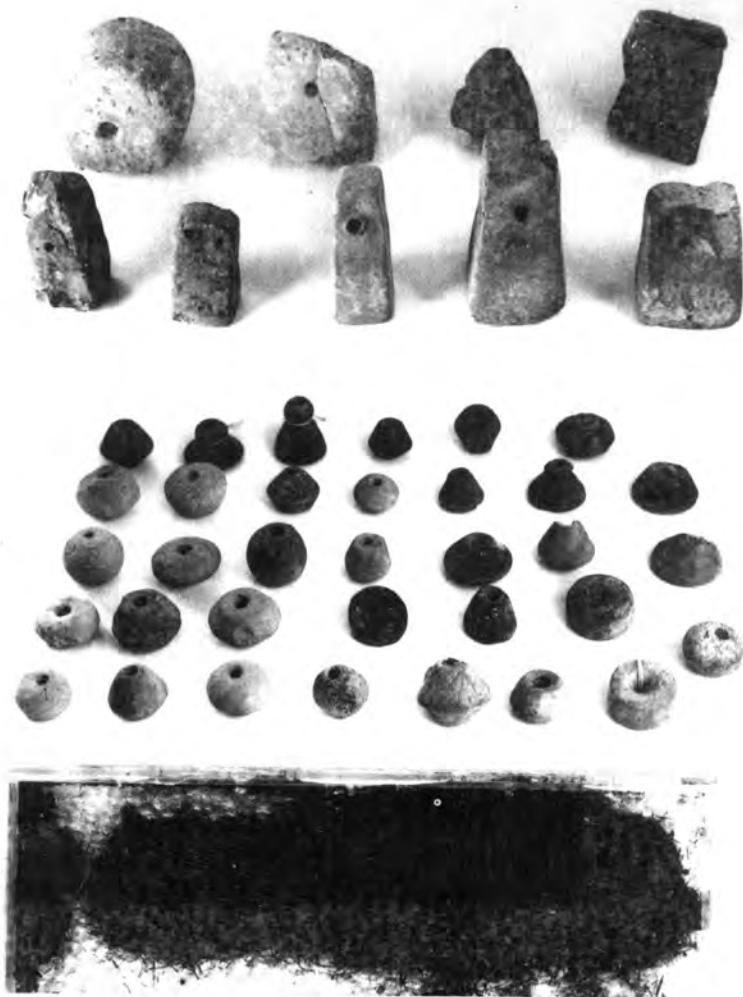
Figura 29.- Diversas cerámicas decoradas con figuras humanas, animales y vegetales.



*Figura 30.- a y c cerámicas decoradas con águilas. b. posible representación de la pareja divina ibera.*



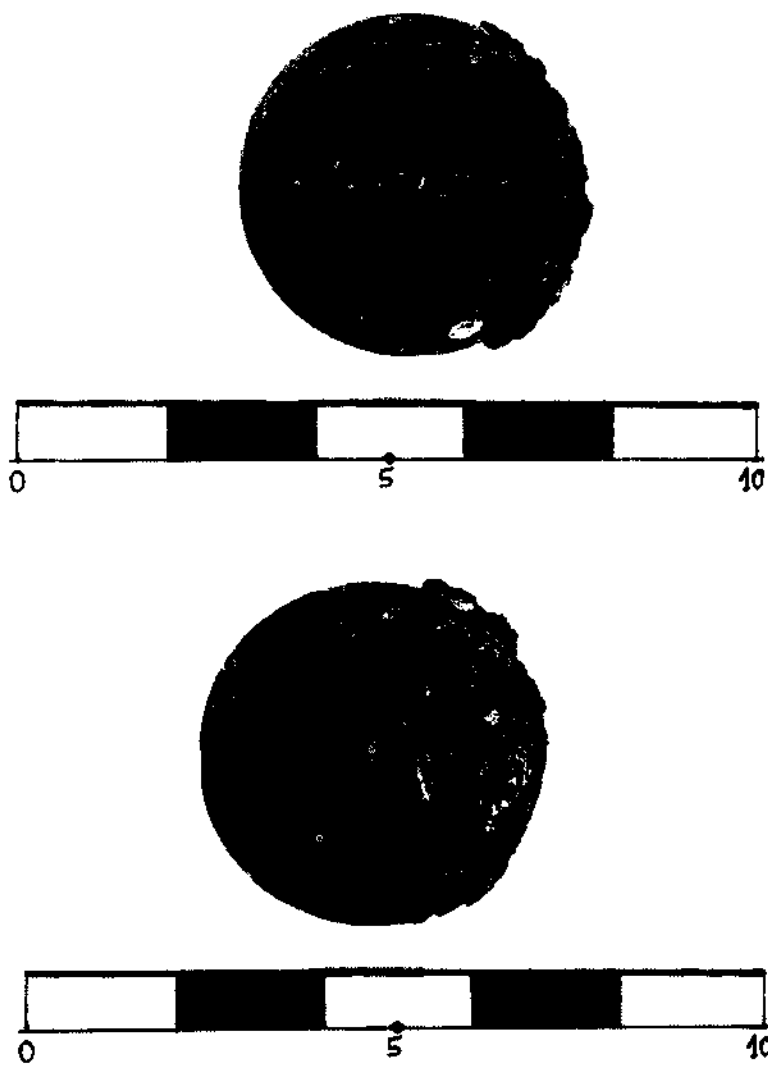
*Figura 31.-* a. Fragmento del borde de una vasija ibérica cuyo orificio vertedor esta formado por la representación de la cabeza de un lobo. b. Fragmento de píxide de marfil, en la que se conserva parte de la moldura de la boca y de la cabeza de un cervatillo. c. Fragmento de botella de alabastro y cuentas de collar de pasta vítrea, que son objetos importados en el comercio con los púnicos y gentes orientales.



*Figura 32.- Pesas y fusayolas o husos de telar, que demuestran la existencia de una importante actividad textil en el poblado. Restos de una plantilla calcinada de esparto, que indica el uso de esta materia para calzarse en aquella época.*



*Figura 33.-* fibulas o imperdibles de bronce, anzuelo, punzón, aguja, y campanillas de bronce, y pesas de plomo.



*Figura 34.- anverso y reverso de una pesa de bronce con los signos ibéricos GA GA y BI.*



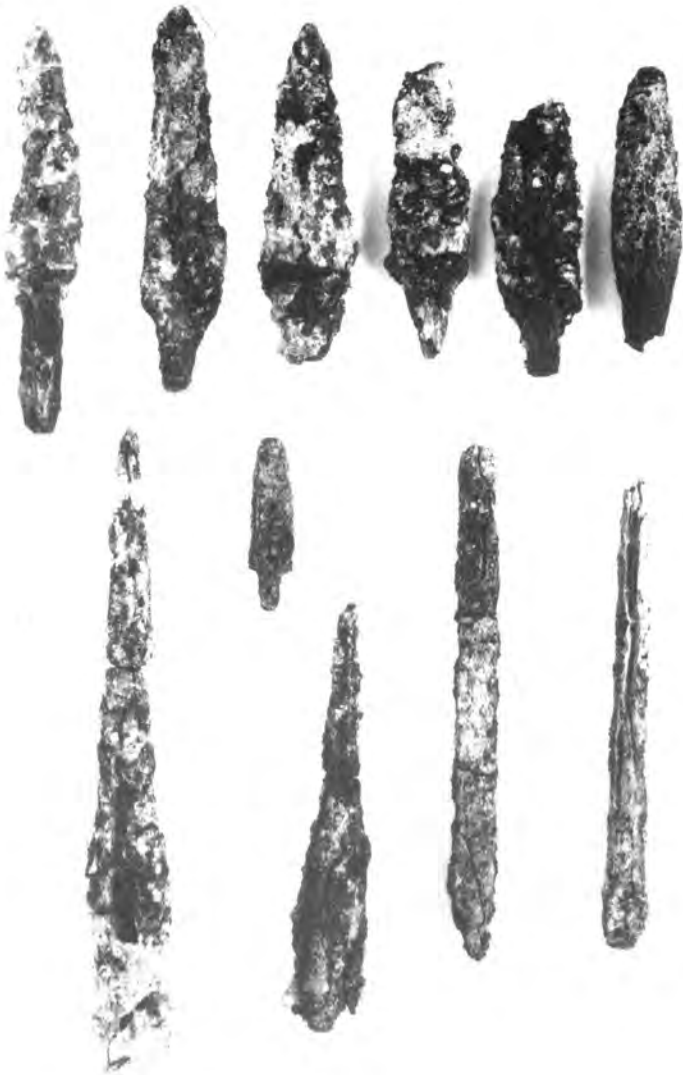
a



b

Figura 35.- a. Diversas armas: falcata o espada ibérica, puñales afalcados.  
b. glandes o proyectiles de plomo usados en las hondas.

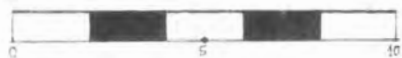




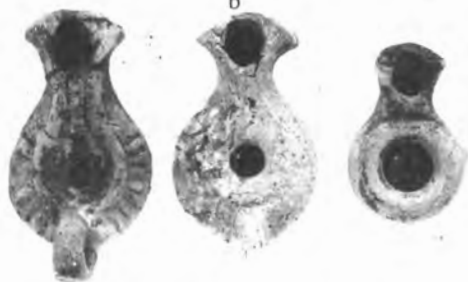
*Figura 36.-* Puntas de lanza.



a

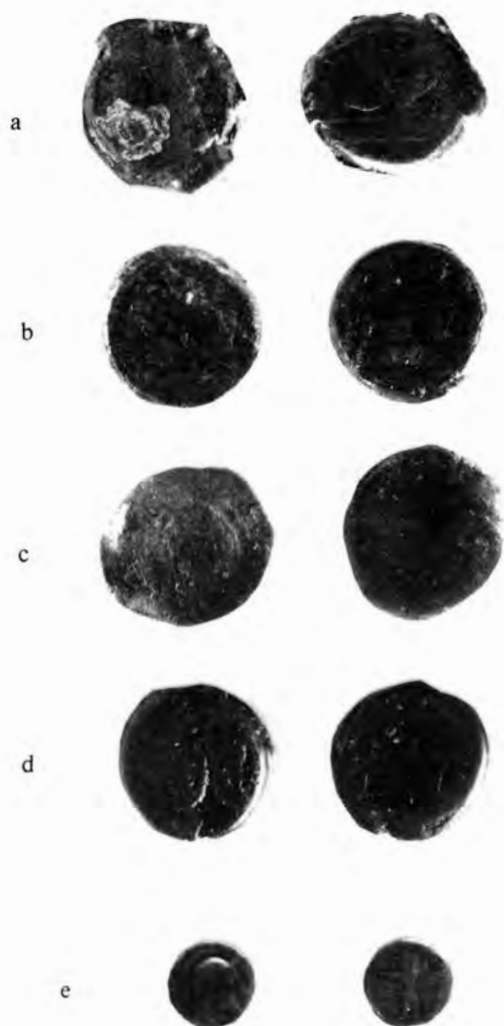


b



c

*Figura 37.- a. platos de cerámica gris ibérica que imita a la campaniense. b. fragmentos de boles de cerámica megárica. c. lucernas o candiles de aceite romanos.*



*Figura 38.- a-d. monedas de la República de Roma, ases del tipo de Jano bifronte, la proa de una nave, y la leyenda Roma. e. moneda helenística de la zona griega de Asia Menor, de Aeolis.*



*Figura 39.* - a-c. monedas ibéricas acuñadas en la ciudad de SAITI/SAETABI (Játiva); en ellas podemos apreciar la característica representación del jinete ibérico (reverso).

# EL PERÍODO DE LA ROMANIZACIÓN

## ROMANIZACIÓN DE LOS POBLADOS IBEROS: EL MONASTIL (MEDIADOS DEL S. I a. C.-COMIENZOS DEL S. III d. C.).

Cuando la cultura ibérica estaba en su máximo esplendor, S. III a. C., se vió afectada por una importante guerra entre cartagineses y romanos. Iberia sufrió en su suelo y sus gentes las secuelas de la II Guerra Púnica.

Los cartagineses ostentaban un preciso dominio del Levante y Sur de la Península Ibérica, que era su fuente de riquezas, alimentos y hombres. Esta circunstancia favorable a Cartago iba a ser cambiada negativamente por Roma. A partir del año 218 a. C. los romanos, encabezados por los Escipiones, toman militarmente el área catalana de Ampurias e inician un descenso hacia el río Ebro, y hacia las importantes ciudades de Sagunto y Carthago Nova. En el 209 a.C. es tomada esta última, con lo que el poderío romano en Iberia daba un paso fundamental para su consolidación. De este modo, y en esa fecha, los iberos de Contestania, entre ellos los de El Monastil, quedaban bajo la órbita político-cultural de Roma, que comenzaría a ir suplantando el dominio de Carthago en territorio ibérico.

Desde entonces, y a lo largo de los siglos II y I a. C., se establecen las bases del proceso de romanización o latinización del mundo indígena ibero que en el siglo I d.C. reflejará un

profundo cambio cultural; algunos iberos actúan ya como romanos de provincia (importante provincia de la Hispania Citerior). A pesar de que llegaron pocos romanos, itálicos principalmente, su influencia sobre los iberos derivó en que éstos terminaron por adoptar los usos y costumbres romanas, abandonando sus antiguas costumbres.

Es significativo el hecho de que en época de Augusto, ya han desaparecido muchos asentamientos de iberos, fruto de la política augustea, sus gentes tenderán a englobarse en unas cuantas ciudades, algunas romanas, de nueva creación: Dianium (Denia), Villajoyosa o Lucentum (Benalúa, Alicante); y otras romanizadas, de iberos que se han romanizado y que incluso han admitido el asentamiento de romanos: Ilici (La Alcudia, Elche), Tossal de Manises (Albufera de Alicante) o El Monastil (Elda). Al mismo tiempo, otros iberos se asentarán en llanuras aptas para las labores agrícolas. Este hecho originó una ocupación rural patrocinada por los romanos, que organizaron el campo en unidades de explotación, las *uillae* romanas, diseminadas o concentradas en un parcelario más o menos regular, en las denominadas centuriaciones. Esta organización rural romana se aprecia principalmente dentro de la provincia de Alicante, en Denia, Elche, Monóvar-El Pinoso, Sax-Elda-Petrer (en la llanura contigua al norte de El Monastil), y Villena.

El tipo de explotación rural era de base ganadera y de agricultura de secano, pero con importantes terrenos de regadío. La producción se centraba en los cereales, la vid y el olivo.

La industria, más bien artesanal, contaba con la producción alfarera, la del vidrio, la del metal, la textil y la de salazones de pescado (esta última se ve por casi todas las instalaciones de la costa alicantina).

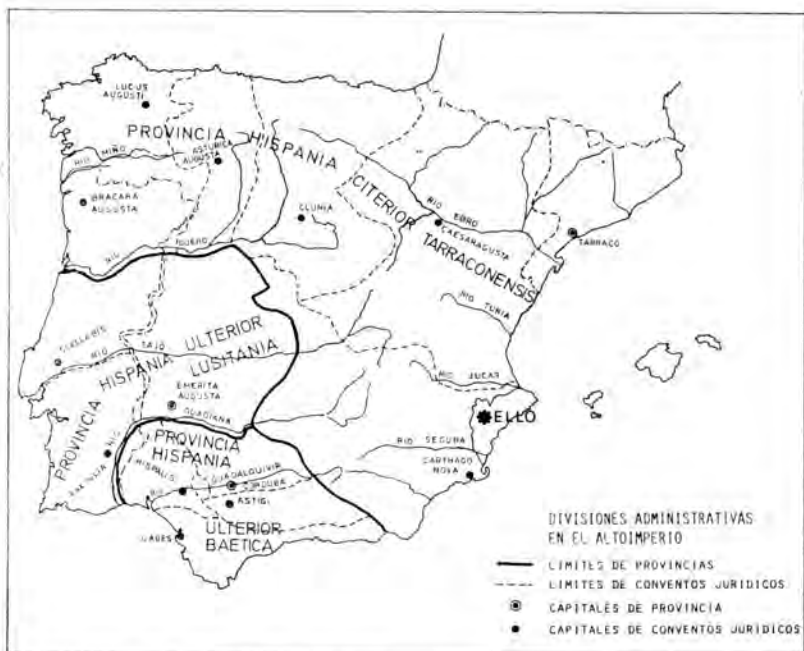


Figura 40.- Situación del poblado romano de ELLO dentro de las divisiones de la administración imperial romana.

Tal potencial no debía potenciar un buen nivel exportador, sin embargo, las importaciones de todo tipo de productos, sobre todo cerámicas de lujo, sí fueron muy importantes, tanto en el Alto como en el Bajo Imperio. La importante numismática romana de la provincia de Alicante refleja unas importantes cotas de comercio.

Y todo ello era posible gracias a las buenas comunicaciones de la época romana, la vía marítima contaba con un puerto muy importante para la importación provincial, el *Portus Ilicitanus* (Sta. Pola); y la vía terrestre era tanto más importante, pues por los valles del Vinalopó y del Bajo Segura discurría una calzada romana, que comunicaba Cartagena con Tarragona, y que desde Cádiz conducía hasta la misma Roma.

Con semejantes condiciones el proceso de romanización de los indígenas de la actual provincia de Alicante, y en ella de El Monastil, no podía fracasar.

La reacción exacta de los iberos de El Monastil y de la comarca ante la presencia de elementos romanos, no nos es conocida. Se han recogido varios glandes de plomo (proyectiles de honda) que evidencian la existencia de algunas acciones bélicas con intervención de fuerzas romanas, pero como los glandes no presentan datos cronológicos, no podemos adscribir esa belicosidad a un acto bélico concreto, de los varios que sabemos que ocurrieron a la llegada de los romanos y que afectaron a tierras alicantinas (II Guerra Púnica, guerras sertorianas y cesarianas), aunque también pudo existir alguna sublevación indígena local.

Si algo de ello sucedió lo fue en la fase ibérica que se relaciona con el final de la República Romana (finales del S.III a C. hasta mediados del S.I. a.C.); a continuación, tras los contactos políticos y comerciales, la cultura ibérica irá entrando



en la órbita de Roma. A partir de Augusto, último cuarto del S.I. a.C., el proceso de romanización comenzaba a dar sus frutos.

La ciudad ibérica de El Monastil fue llamada por los romanos Ello (Elo), que le dieron tal denominación en varias fuentes escritas antiguas, donde recogían rutas importantes como la del Itinerario de Antonino, que cita una partícula y un topónimo latinos: AD ELLO, cuyo significado es «hacia (en dirección) Ello»; esto se explica por el hecho de que, un importante ramal de la Vía Augusta descendía por el valle del Vinalopó, para dirigirse a Illici (Elche) y Carthago Nova (Cartagena); y al pasar dicha vía cerca de Ello, tendría la misma un desvío que conectaría la ciudad con la calzada romana. En otros itinerarios posteriores (Anónimo de Ravenna y Geographia de Guido) todavía se citará ese desvío hacia Ello, aunque con grafías degeneradas: EDELLE y ELOE. Es a este desvío, al que se refieren las citas viarias antiguas.

La ciudad de Ello (El Monastil) comenzaría un importante comercio con los romanos para adquirir los productos traídos por éstos desde Italia.

Las clases pudientes ibéricas, la élite social que controlaba las claves políticas y económicas de Ello, para conservar su privilegiado *status* se aliaría con los nuevos «jefes» dominadores, los romanos. Esta élite ibérica decidiría equipararse a los romanos imitando sus modos de vida y sus símbolos de privilegio económico-social, lo que derivaría en la compra de objetos romanos de lujo y otros de claro uso común en la vida de un romano. Este proceso lo podemos seguir, principalmente, a través de los productos cerámicos importados de Italia y, luego, del resto del Imperio Romano.

Como suele ocurrir, el resto de los indígenas tratarían de imitar a su vez a la élite social de su comunidad, cuya vida y

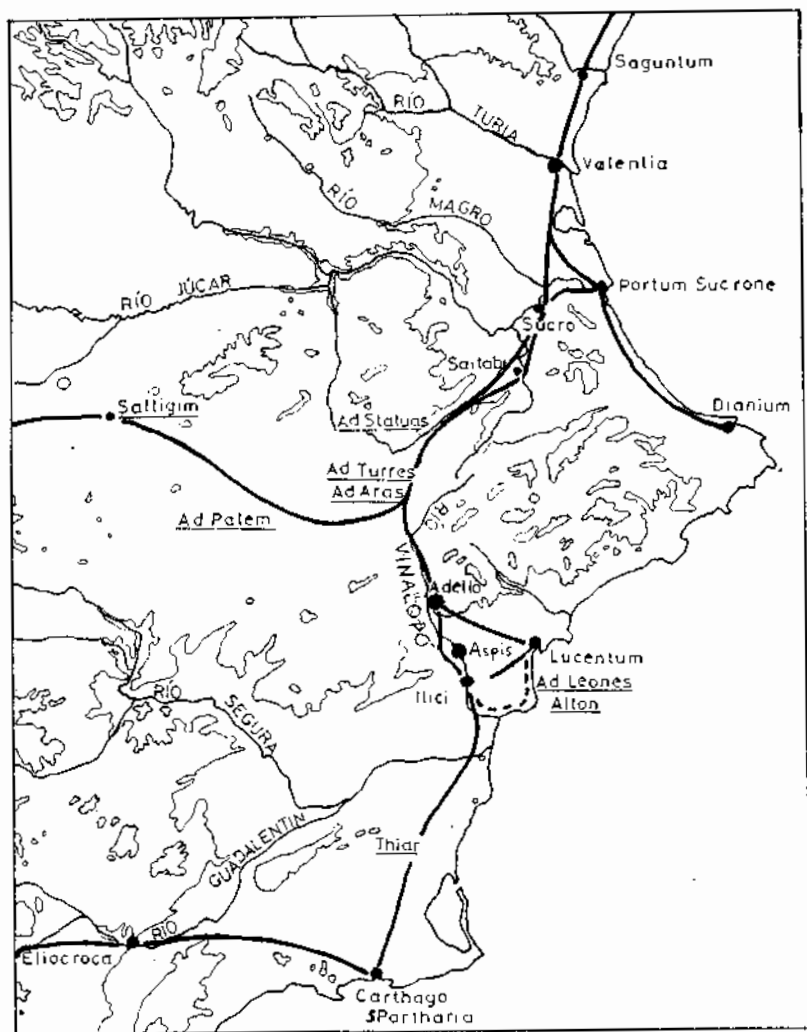


Figura 41.- ELLO y la red de comunicaciones de época romana.

posición sería envidiada. Esto trajo consigo que también la masa de iberos intentara adaptarse al nuevo sistema de vida, el copiado a los romanos. Sería de este modo como penetrarían, en el seno de la población de Ello, las formas y los objetos romanos.

El resultado de esta romanización es la masiva presencia de productos del Imperio Romano en El Monastil y en las villas romanas surgidas en su territorio. Tanto en la ciudad como en las villas rurales, se instalarían algunos colonos romanos.

Una consecuencia importante de este proceso es el progresivo retroceso de la lengua ibérica, y la penetración de la lengua latina en la comunidad indígena, sobre todo en los núcleos «urbanos» más importantes. Este avance del latín se aprecia sobre todo, desde el S. I d.C., que es cuando las lápidas con inscripciones en dicha lengua comienzan a ser frecuentes. Sin embargo, no se ha encontrado todavía inscripción alguna, y sólo una villa romana próxima, la de Arco Sempere, ha aportado restos epigráficos latinos, un fragmento de piedra donde se puede leer el nombre del posible propietario: *Gaius Sempronius*.

Otra consecuencia significativa de la romanización es que los indígenas son concentrados en el fondo del valle de Elda y alrededores, abandonan las montañas y se asientan en el llano, en las villas creadas por los romanos, sobre todo desde el S. I d.C.

En Ello, al igual que ocurrió en Ilici y en Tossal de Manises, la formación de la ciudad romana se produce siguiendo los planteamientos ibéricos preexistentes, es decir, se mantiene el urbanismo ibérico. La orientación de los muros de las viviendas de El Monastil siguieron siendo N/S y E/W, como en época ibérica, pero a veces con un poco de desviación

respecto a los muros iberos, a los que se les superponen los romanos.

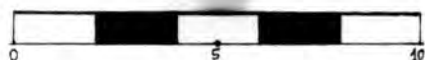
La técnica constructiva de los muros continua siendo, fundamentalmente, la de «piedra seca», es decir, piedras, trabajadas o no, cogidas simplemente con barro, aunque en excepcionales casos se ha empleado cal como argamasa. En varias viviendas hay un almohadillado parcial, con bloques grandes de piedra, de forma más o menos cuadrada, que refuerzan las jambas de las entradas de las viviendas, o algún punto del muro. Incluso, hay viviendas cuyos muros presentan una factura casi en *opus spicatum* (hiladas de piedras dispuestas como los granos de una espiga de cereal) muy rudimentario. También hay muros construidos con dos hiladas exteriores de piedras grandes, entre los que hay un relleno de tierra y piedras pequeñas.

La calidad arquitectónica parece brillar por su ausencia, con la excepción de una base de columna y algún bloque de piedra bien trabajado, el resto de elementos arquitectónicos son muy simples y rústicos, al menos esta es la tónica de lo hallado hasta la fecha. Si esta circunstancia se confirma con el futuro habrá que explicarla como cierta pobreza, o bajo nivel de romanización.

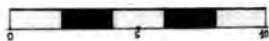
Respecto a la cubierta de las viviendas se usaron tejas, curvas y planas, de las que se hallaron muchas en El Monastil. En esta ciudad no debieron existir apenas edificios públicos, con lo excavado hasta la fecha, sólo podemos intuir la existencia de un edificio o módulo de edificios de planta rectangular y con algún ábside en dos flancos. Estas construcciones se sitúan en una explanada o «plaza» en la zona más elevada de la ciudad, en la «acrópolis».



*Figura 42.*- Fragmentos de objetos de la lujosa terra sigillata, de barniz rojo, los de arriba son del tipo decorado con relieves, que se fabrica a molde; los de bajo son del tipo liso y presentan las marcas de los alfareros itálicos que fabrican tales piezas.



a



b

*Figura 43.- a. Fragmento de cerámica sin barniz, decorada con parte de una escena de sacrificio muy típica de los romanos: se sacrifica un toro del que sólo vemos su parte trasera, y de los sacerdotes sólo aparece el que porta el olpe para las libaciones sagradas. b. Fragmentos de objetos suntuarios de vidrio.*

El proceso de romanización de la cultura ibérica fue lento y progresivo, de modo que, las consecuencias que acabamos de plantear como surgidas en El Monastil, fueron precedidas durante el S. I a.C., de una etapa evolutiva en la que convivían indigenismo y romanismo. De esta etapa de transición y en función del comercio, hay fiel reflejo en la numismática ibero-romana, pero sobre todo en los productos cerámicos; ahora comienza a desaparecer la variedad cerámica campaniense de barniz negro, y a aparecer otra variedad, la denominada *terra sigillata* aretina, de barniz rojo. Esto en lo que se refiere a productos típicos romanos, mientras que como productos indígenas todavía en pleno uso, destaca un lote de cerámica que tanto en formas como en temas decorativos es bastante distinto de las producciones ibéricas de las dos fases anteriores. La presencia de pervivencias decorativas de esas fases en esta final, muestra su sentido de transición y evolución.

De modo semejante a como se observa en las cerámicas pintadas en La Alcudia (Elche), de este momento, en las de El Monastil vemos, también, que las bandas de SSS que anteriormente se empleaban como motivo secundario de decoración, pasan ahora a ser el tema principal y único que decora algunos vasos; surgen otros nuevos tipos de hojas pintadas a tinta plana; predominan los finos reticuidos como tema principal decorativo; van desapareciendo progresivamente las bandas de semicírculos concéntricos.

Esta fase de transición debió alcanzar hasta la época de Augusto inclusive, y a partir de ésta, desde la primera quincena del S. I d.C., la romanización de nuestro poblado y el territorio ibérico al que pertenecía (Contestania) debía ser muy significativa y evidente, basta con ver la aparición de centuriaciones, villas rústicas, y nuevas técnicas constructivas, en la mayor

parte de esas tierras.

En este fenómeno jugaría un papel clave la colonia romana de *Illici Augusta*, que debía ser el centro civil y militar administrativo del que pudo depender Ello (El Monastil y su comarca), ciudad que, sobre todo, estuvo bajo la influencia importante de la colonia romana de *Carthago Nova*, hasta época de Augusto como mínimo, tal y como se aprecia esa influencia en las actuales provincias de Murcia y Alicante.

El Monastil en esta primera fase romana, la del Alto Imperio (27 a.C.-principios del S. III d.C.), presenta una evolución negativa. Hay un primer momento de gran esplendor que coincide con el período de Augusto y Tiberio (27 a.C.-37 d.C.), y que nos muestra un alto nivel económico y comercial, evidenciado por el abundante material importado, que desde fines del S. I d.C. escasea claramente.

Los habitantes hispanorromanos de El Monastil comienzan a sustituir el vino itálico (ánforas Dr.1) por el producido en zonas del sur de Francia y Cataluña (ánforas Dr. 2-4); el uso de lámparas de aceite (lucernas) italianas imperiales supera en número a las usadas en la fase anterior; las cerámicas romanas importadas de barniz negro, campanienses, de las que se han recogido hasta ahora unos doscientos fragmentos o piezas, son relegadas por las masivas importaciones de cerámica romana de barniz rojo, denominada *terra sigillata*, que procedía mayoritariamente de *Arretium* (Arezzo), aunque marginalmente se importó esta vajilla de lujo de otros centros itálicos, o de sus sucursales francesas del área de Lyon (Francia). Más de trescientos fragmentos o piezas de *sigillata* itálica hallados hasta hoy en El Monastil, muestran un importante poder adquisitivo de sus habitantes. También se importaron algunos objetos delicados y de lujo, caso de los realizados en vidrio.

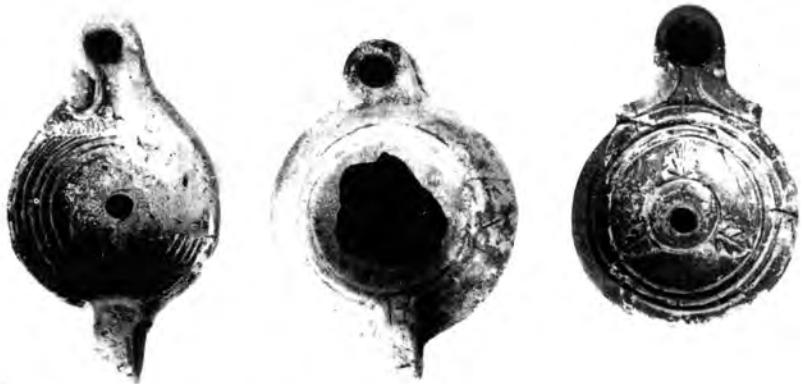
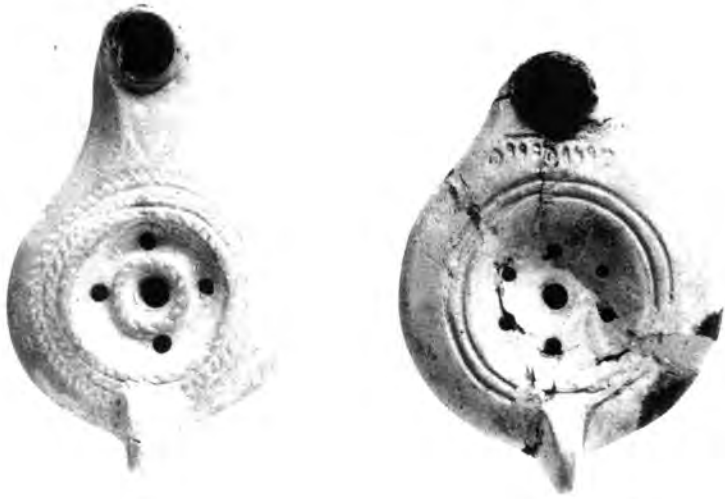


La agricultura siguió siendo la base económica, y a un nivel familiar, existía una producción textil, metalúrgica y alfarera; especialmente abundantes eran las cerámicas comunes de cocina y mesa, hecho lógico de la vida cotidiana que obligaba a mantener una industria alfarera, favorecida por la existencia de buenas arcillas del valle.

La numismática hispanorromana de este buen momento económico, verifica este esplendor comercial. Aquí se han hallado monedas de ciudades romanas claves en la época: Carthago Nova (Cartagena), Illici (Elche), Tarraco (Tarragona), Celsa (Velilla del Ebro), y Turiaso (Tarazona). Destacan sobre todo las monedas de Carthago Nova, pues son un total de ocho por una de las otras ciudades.

A partir de Claudio (41-54 d.C) comienza a agonizar la vida en El Monastil. Ánforas y lucernas parecen escasear, al igual que el vidrio. Ello es señal de un decaimiento del comercio importador, lo que a su vez delata cierta debilidad económica. Pero los mejores datos para seguir la evolución negativa de esta segunda parte del Alto Imperio, los obtenemos de las importaciones de terra sigillata y de la circulación monetaria.

Las producciones de terra sigillata de oficinas cerámicas itálicas, en época de Claudio, habían perdido los mercados más importantes del Imperio Romano. Este se abastecía, ahora, de las fábricas de sigillata gálicas (del sur de Francia) que acaparaban el mercado internacional. El centro principal de esta producción sudgálica de sigillata era La Graufesenque (Millau), que envió abundantemente sus productos a los hispanorromanos del Levante español, y entre ellos los habitantes de los valles del Vinalopó. En El Monastil también se han hallado restos de terra sigillata de La Graufesenque, pero en muy pequeña cantidad, apenas una veintena de fragmentos, lo que contrasta



*Figura 44.- Lucernas imperiales romanas.*



*Figura 45.-* Objetos cerámicos romanos de tipo común.

con los tres centenares de fragmentos de *sigillata italiana* que se importaron en el período augustotiberiano.

El brusco descenso de las importaciones de *terra sigillata* sudgálica, pero también de la hispánica (sólo se han hallado treinta fragmentos) y de la Clara A, sucedáneo producido en el norte de Africa (representada por apenas veinte fragmentos), demuestra la recesión económica, y seguramente social, que se experimentó en la ciudad desde los años 50, tendencia que quizá se vería agravada con la importante crisis del año 69 d.C., que afectó al Imperio Romano y principalmente a Hispania, aunque desconocemos sus efectos en estas tierras del Vinalopó.

Un dato totalmente significativo es que en el período que va entre el año 50 y el 250 d. C., solamente se han recogido en El Monastil setenta fragmentos de cerámicas sigillatas importadas, sudgálica, hispánica y africana Clara A. Claro que tampoco hay demasiados materiales de producción local.

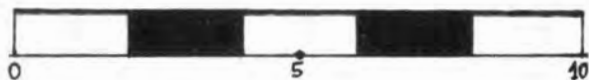
La numismática romana de nuestro poblado ratifica los datos negativos del proceso económico ocurrido a partir de Claudio, que ya hemos seguido en la evolución de las importaciones de *terra sigillata*.

De la época de Augusto-Tiberio se han recogido trece monedas, mientras que de la que abarca de Claudio hasta la primera mitad del S. III d.C., solamente se tienen seis: dos de Claudio, una, posiblemente, de Nerón, una de Domiciano, una de Geta y dos indeterminadas.

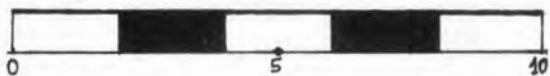
Un descenso tan sustancial de las importaciones cerámicas y de la circulación monetaria en los últimos doscientos años del Alto Imperio, nos hacen pensar que la ciudad romana de Ello ha sufrido una fuerte recesión económica y, muy seguramente, un abandono parcial, pero importante, del poblado, lo que debe responder a unas causas que hoy desconocemos.



a



b.



*Figura 46.-* Elementos lúdicos o de entretenimiento: a. restos de diversos muñequitos de barro, alguno de los cuales era articulado. b. especie de dado de piedra con dos tipos distintos de caras.

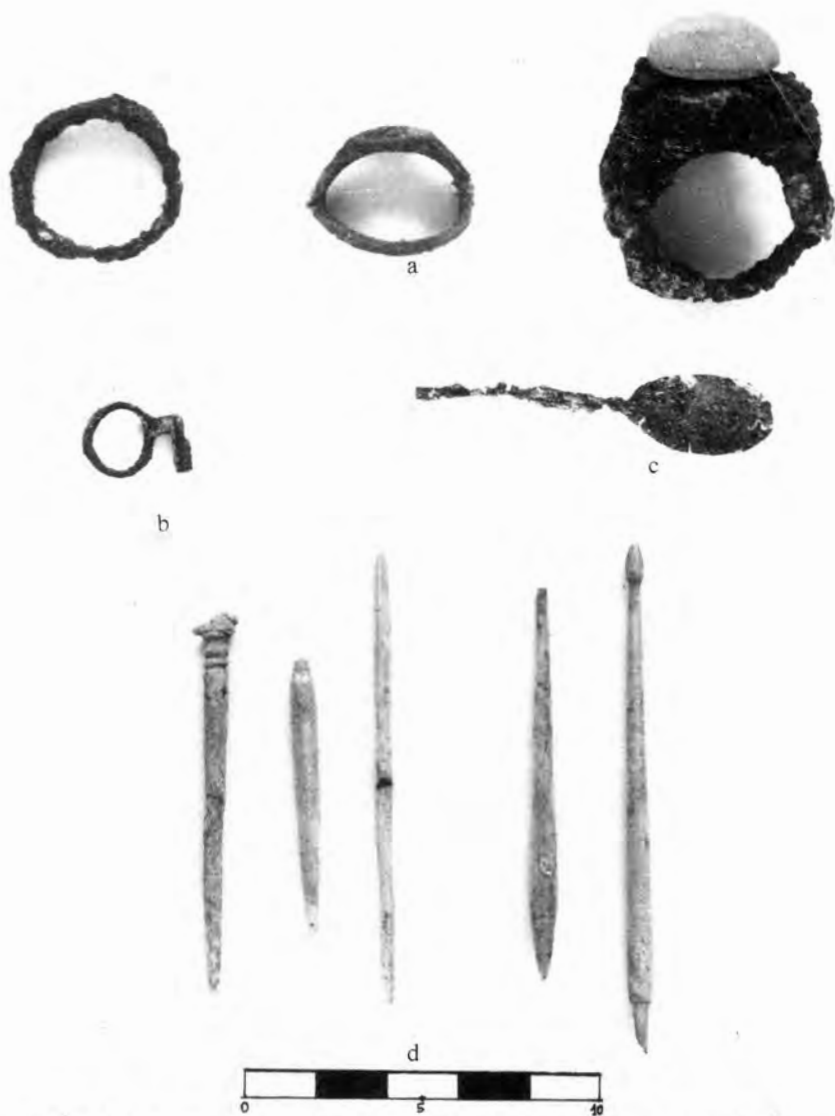


Figura 47.- a. anillos. b. cucharilla. c. llave. d. agujas de hueso para el pelo y para coser, y estilog de mismo material para escribir sobre tablillas enceradas.



*Figura 47.-* Tejas romanas: la superior es una teja curva o imbrice, y la inferior es la teja plana o tégula.



*Figura 47.-* Parte superior de ánfora romana imperial procedente de La Bética.



Este fenómeno conllevaría una nueva redistribución del espacio habitado en la comarca del Medio Vinalopó. Es muy probable que las gentes descendiesen al llano del Valle, junto a los márgenes del río Vinalopó, para ampliar la explotación agrícola, con un mayor número de terrenos aptos para el cultivo. Precisamente en ese período, mediados del S. I y S. II d. C., es cuando surgen numerosas villas agrícolas romanas a lo largo del Vinalopó, en sus dos orillas: Casa Colorá, Arco Sempere, El Puente I, El Puente II, Las Agualejas, Puente del Sambo-La Jaud, son las principales villas romanas de las que tenemos noticias hasta hoy, pero también las hay en Sax, Petrer, Monóvar, Novelda, etc.. En suma, desde mediados del S. III hasta mediados del S. IV, El Monastil estaría prácticamente deshabitado, tal y como la arqueología lo parece indicar, ya que apenas se han hallado restos materiales que reflejen actividad humana en dicho poblado durante el citado período.

### **Ello durante el Bajo Imperio**

El siglo III d.C. estuvo marcado en el Imperio Romano por una profunda crisis que afectó a su sociedad, economía y política. La situación fue caótica, sobre todo, al producirse la anarquía militar y la llegada de los grupos bárbaros, francos y alamanes fundamentalmente.

Bastantes de las destrucciones ocurridas en la Península Ibérica, en ese tiempo (mediados del S. III d.C.), se atribuyen al paso violento de los francos. En La Alcuía de Elche y en El Tossal de Manises se han constatado tales destrucciones, pero en otros, como en El Monastil, no sabemos exactamente qué ocurrió.

El S. III es una incógnita total para esta ciudad, en ella apenas se han encontrado dos o tres cerámicas africanas (Clara

C), que además son de la segunda mitad de dicho siglo. También escasean las monedas de este período, se han hallado cuatro y son de esa misma segunda mitad, pertenecen a Postumo, Galieno y Claudio II. Es decir, hay un vacío total en la primera mitad del S. III, que en su segunda parte presenta indicios de una reducida presencia humana. Esta situación parece que se mantuvo durante el primer tercio del S. IV, período del que sólo se hallaron cinco o seis cerámicas africanas del tipo Clara D, y una moneda de Maximiano.

Gracias a la intervención de Diocleciano, que modificó el gobierno, la administración y la economía, se produjo un cambio favorable para el Imperio de Roma. Las Hispanias se organizaron en siete provincias: Tarraconense, Bética, Lusitania, Gallaecia, Baleares y Tingitania. Ello y las demás tierras hoy alicantinas quedaron englobadas en la Cartaginense, con la que se completan aquellas siete.

En general, en el S. IV, se da una recuperación económica y un bienestar general. Se produce, también, una ruralización, se prefirió asentarse en villas campestres más que continuar en las ciudades; éstas fueron reduciendo su perímetro y, normalmente, se ubicaron en zonas altas.

En El Monastil se aprecian esos mismos fenómenos. A finales del primer tercio del S. IV, la ciudad, ahora reducida a la parte alta (acrópolis), presenta una gran recuperación económica, pues la importación de cerámicas norteafricanas alcanza cotas muy altas y la circulación monetaria parece ser relativamente significativa.

Este nuevo esplendor comercial hacía llegar a Ello y su territorio productos norteafricanos, provenzales y orientales. Las ánforas de aceite y vino son abundantes, proceden fundamentalmente del norte de Africa, pero alguna es oriental,

o también bética. Las lucernas naranjas o blancas, las cerámicas estampadas (con tréboles, palmetas, rombos, volutas, etc.), y la Clara D, son africanas; también hay alguna cerámica oriental, como la del tipo Late Roman C; igualmente, es importante la presencia de cerámicas grises estampadas, procedentes de Provenza y el área de Marsella.

La existencia de objetos de vidrio y fragmentos de mármol, importados de Africa, nos hace pensar en una economía importante que puede consumir caros objetos traídos de tierras lejanas.

Hay un lote de monedas del S. IV, (quizá un pequeño tesorillo) que parecen ratificar una recuperación ya a mediados de ese siglo. Son once monedas de Constantino, Constancio, Decencio, Teodosio, y otra indeterminada.

Junto a todos estos objetos, alguno de los cuales atestiguan la actividad de El Monastil hasta el S. VI, se han hallado cerámicas bastas, locales o regionales, hechas a mano con toscas terminaciones. Son cerámicas negras, marrones y rojizas, de formas cúbicas, esféricas y en forma de fuentes o bandejas. La importancia de estas cerámicas al lado de las importadas africanas, está siendo puesta de relieve por un fundamental estudio del arqueólogo británico Paul Reynolds.

Esta recuperación de Ello se aprecia de forma parecida en su territorio contiguo: en Camara y en el Sambo (Monóvar-Novelda), se atestigua la existencia de asentamientos humanos de altura que corresponden a esta época. Sin embargo, villas bajoimperiales o tardorromanas apenas se han hallado hasta hoy, quizá por haber sido destruidas por las labores agrícolas o el crecimiento de las ciudades. Solamente conocemos dos casos, el de Las Agualejas (Elda), que se pudo originar en el S.I. d.C. (hay sigillata sudgálica) y llegar hasta el S.VI, constituyén-



*Figura 48.- a. Fragmentos de placas de mármol para el revestimiento de los muros de algunas construcciones romanas. b. molinos para el cereal y prensa de aceite.*



*Figura 49.-* Algunas de las monedas romanas del Alto Imperio.



*Figura 50.- Algunas de las monedas del Bajo Imperio romano.*

dose en una importante villa señorial junto al río Vinalopó, que disponía seguramente de unas termas y de construcciones nobles, tal y como lo demuestran los objetos allí aparecidos: muros, basas de columnas, cerámica Clara D, monedas (de Constantino y Magencio), vidrios, dos piscinas y alcantarillado con bóveda. El otro caso es el de la villa de la Casa Colorá (Elda), que, aunque destruida recientemente, nos ha delatado la existencia de una fase altoimperial, con sigillata itálica y sudgálica, que tuvo su continuidad hasta el siglo V d.C., de cuyo momento se obtuvo abundante cerámica común tosca, tardía, cerámica Clara D, y un enterramiento en el interior de un ábside, único resto visible de las construcciones destruidas, lo cual nos impide saber la realidad de este asentamiento, ubicado a 300 ms. escasos de El Monastil.

En esta época las viviendas de este poblado se concentran en la parte alta. La calidad de las mismas es mediana o baja, ya que si se construye o reconstruye la vivienda, se hace reutilizando materiales anteriores, así se mezclan buenos sillares antiguos con otras piedras recientes. También se reutilizaron muchas tejas. En ciertas construcciones se aprecia el empleo de cal o yeso. Los pavimentos suelen ser de tierra apisonada, a veces, mezclada con deshechos cerámicos. En general, lo que sucede es que se reutilizan las viviendas de la etapa altoimperial, en las que se hacen pequeñas reformas.

La economía de los habitantes de esta ciudad seguiría siendo ganadera y agrícola. La producción agraria se centraría en el vino, el aceite, el cereal y el esparto, sobre todo en este último producto. La pujanza económica permitió la importación de productos del norte de África, del sur de Francia, e incluso de Asia Menor.

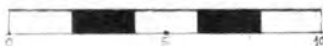


*Figura 51.-* Lucernas africanas, naranjas y blancas, de las denominadas paleocristianas. En la penúltima vemos parte del sacrificio de Isaac.





Figura 52.- Cerámicas africanas del tipo Clara D (a y b), y gran vaso de cerámica común con decoración incisa.



*Figura 53.- Cerámicas africanas estampadas, rojas, decoradas con motivos geométricos, vegetales, cruces y «cantharos».*



a



b

*Figura 54.- a. Cerámicas «paleocristianas» grises. b. Feto en el interior de una vasija de cerámica común, hallado bajo el suelo de una vivienda.*



*Figura 55.- Anforas norte-africanas.*



*Figura 56.- Cerámicas comunes hechas a mano.*

# EL PERÍODO TARDORROMANO Y VISIGÓTICO

Esta última fase de esplendor de El Monastil se vería afectada, en unos términos que no tenemos claros, por la llegada de gentes foráneas, que entre los siglos V y VII hicieron acto de presencia en el País Valenciano. De modo más o menos intermitente, la ciudad entraría en contacto con algunos vándalos, visigodos y bizantinos. Los visigodos son los que más solidamente se establecieron en las Hispanias en el S.V., pero sobre todo desde el inicio del S. VI. En un primer momento gobernarían como delegados de Roma, a la que finalmente suplantarán.

El Monastil pasó de este modo a depender políticamente de los visigodos, los cuales no llegarían a establecerse en estas tierras, pues sus asentamientos fueron en la zona de Castilla la Vieja. Debido a esta lejanía del grupo dominador visigodo, los bizantinos de Justiniano encontraron fácil ocupar, a mediados del S. VI, la costa meridional hispana aprovechándose de las disputas entre los bandos visigodos de Agila y Atanagildo. La presencia de tropas en la costa propició un importante comercio con el Próximo Oriente, sobre todo, con el área sirio-palestina. Objetos de vidrio, ánforas y otras cerámicas y piezas diversas, llegarían en estos momentos, tal y como se aprecia en los restos de esa época hallados en Santa Pola, Elche, Alicante, Elda, etc.

El ejército bizantino, que había ayudado a Atanagildo para obtener el trono visigodo, se apropió de una franja litoral que

abarcaba del Guadalquivir al Mijares; de tal forma que casi todo el País Valenciano estaba ocupado por los bizantinos, que establecieron su capital en Cartagena. Desde ese momento los visigodos, encabezados por Leovigildo, lucharon por expulsarlos, lo que no consiguieron hasta bien entrado el S.VII, siendo Illici y Denia las últimas ciudades de donde saldrían los bizantinos.

Las campañas de Leovigildo para ganarle terreno a los bizantinos traían, siempre, la creación de sedes episcopales que marcasen de algún modo hasta donde alcanzaba el dominio visigodo. Una de las sedes creadas a primeros del S.VII, sería la de Elo (antigua ciudad de Ello, El Monastil). Esta circunstancia sería muy importante, pues el obispo de una sede era el jefe político y religioso de la ciudad, y del territorio donde se estableciese con su séquito.

De todas formas, los habitantes de la sede Elotana y sus alrededores, como ocurría en el resto de las tierras valencianas, seguían siendo mayoritariamente hispanorromanos, ya que muy pocos visigodos recalarían por estas tierras. Por otro lado, no tuvieron mucho tiempo para instalarse aquí, pues apenas transcurrió un siglo entre su aparición efectiva, a primeros del S.VII, y la llegada de los árabes, a primeros del S.VIII, que terminarían por adueñarse de la Península Ibérica.

Los restos arqueológicos pertenecientes a estos siglos finales son casi totalmente inexistentes, se reducen a unos cuantos fragmentos de objetos cerámicos, que evidencian escasamente la presencia humana en el poblado, entre el S.VIII y el S.XIII, que debió reducirse a alguna esporádica visita al poblado, ya abandonado, quizá para aprovechar algunos de sus restos constructivos.

## **Indicios de la primitiva introducción del cristianismo en El Monastil (SS. IV-VI).**

la inexistencia de textos que nos hablen de cómo se formaron nuestras primeras comunidades cristianas nos obliga a apoyarnos, básicamente, en los restos arqueológicos. Esta circunstancia es delicada, pues en muchas piezas que presentan símbolos cristianos, éstos no son otra cosa que adornos impuestos por la moda oficial del Imperio desde el S. IV d. C.

No sabemos qué repercusión tendría, en las tierras alicantinas, la llegada de San Pablo a Tarragona donde estuvo predicando.

Después de los edictos de Constantino el Grande que autorizaban el culto romano, ya en el S. IV, se aprecian evidencias de la presencia de los cristianos en Elda y en la región valenciana. Pero anteriormente, en la clandestinidad, debieron de aparecer los primeros cristianos en dichas tierras.

La existencia de una primitiva comunidad cristiana en Elo, se puede rastrear gracias a algunos materiales arqueológicos hallados, cuya cronología abarca los siglos IV al VI. Las piezas que más nos interesan son, en primer lugar, un fragmento de sarcófago de mármol, tres fragmentos de mármol de un altar y un fragmento de plomo de una posible cruz; otros objetos de época paleocristiana, con simbología cristiana, son piezas de uso cotidiano fabricadas en cerámica, lucernas y vajilla de mesa. Todo el lote de piezas se halló en El Monastil, con la excepción del sarcófago, recuperado en la cisterna del castillo de Elda que se encuentra, aproximadamente, a un kilómetro de distancia de aquel.

En los primeros años de la actual década de los 80, aparecieron dos fragmentos de mármol blanco que pertenecían





a



b

*Figura 57.- a. Fragmento de tapa de sarcófago decorada con la historia de Jonás y la «ballena», que apareció en el castillo de Elda, reutilizado como piedra. b. Detalle del fondo central de un plato de Clara D donde se representa a San Daniel en la cueva de los leones.*

a un sarcófago paleocristiano, concretamente al frente decorado de su tapa. La parte que queda tiene 65 cms. de longitud, 36 cms. de altura y 10 cms. de grosor. La decoración es de escenas bíblicas en relieve, concretamente del ciclo de Jonás. Esta decoración es la correspondiente al centro-derecha de la tapa; observamos, de izquierda a derecha, parte de una cartela rectangular con moldura, sin inscripción, a la que sigue la escena en la que Jonás es arrojado al mar, donde un monstruo marino lo engulle. A esta representación se le yuxtapone el inicio de otra escena del mismo ciclo, en la que el mismo monstruo devuelve a Jonás, que a continuación aparecería durmiendo bajo la calabacera. De todas estas últimas escenas, sólo nos ha quedado la cabeza del monstruo que debe devolver a Jonás.

Centrándonos en la escena que nos aparece completa, podemos distinguir una embarcación de vela cuadra que navega entre fuertes olas. Desde la popa hasta la proa observamos cinco personajes: el timonel que sujeta un gran remo, un individuo que está arrojando a Jonás, el monstruo marino que lo engulle y un último personaje que se lleva las manos al rostro, seguramente para no contemplar tan dramática escena. Respecto al monstruo, éste aparece serpentiforme y con fuertes garras semiocultas por las olas.

Este sarcófago, por sus representaciones, es el sexto aparecido en la Península Ibérica, hay un par de piezas semejantes en el sur de Francia, y más de una treintena en Roma y sus alrededores, de donde debe proceder el hallado en Elda, que tiene sus mejores paralelos en los sarcófagos recuperados en Roma y su puerto de Ostia.

E. Llobregat, primero en estudiarlo, opina que el sarcófago de Elda se fabricaría en Roma, entre el año 300 y el 330 d.C., de

modo que sería un sarcófago cristiano muy primitivo, el más antiguo del País Valenciano, por delante de los sarcófagos aparecidos en Denia y Valencia.

Esta pieza no sólo es importante, sino costosa, ya que al ser muy pesada y ser traída desde Roma, por vía marítima, y por sus artísticos relieves, su dueño debía ser un romano muy rico que habitaría el valle de Elda, donde formaría parte de una muy antigua comunidad cristiana que ya parecía contar con algún personaje adinerado, cuyo nombre nos es desconocido. Con el paso del tiempo, sus descendientes abandonarían el sarcófago que una vez destruido, seguramente al final del Mundo Romano, debió servir como mármol de primera calidad para construcciones medievales, y de hecho, el fragmento de tapa formaba parte de la bóveda de la cisterna del castillo de Elda.

En los años 30, A. Sempere daba cuenta de la aparición de dos sarcófagos en El Monastil, que desgraciadamente desaparecieron, de modo que desconocemos si eran o no paleocristianos, aunque él afirmaba que eran cristianos.

Afortunadamente, se han recuperado tres fragmentos de mármol blanco, de un ara sigmática (mesa de altar) labrada a bisel, que disponía de varios alvéolos semicirculares. Para tener una posición adecuada debía estar colocada sobre una pilastra o columnita. La aparición de los restos del ara en dos viviendas distintas, es indicio de su reutilización en lugares diferentes de su ubicación original. La pieza completa sería un semicírculo de mármol, dividido en varios alvéolos rehundidos y separados por molduras. Sus mejores paralelos están en piezas de Rubí (Barcelona), Menorca y, sobre todo, en La Alcudía de Elche. También fuera de España hay piezas semejantes: Delos, Dobrogea, Hístría.

Las aras de La Alcudía y El Monastil son de tipo oriental,

fechadas por Llobregat en el S.V d.C. Ambas pudieron llegar a las costas de Alicante gracias a la existencia de un importante comercio con Oriente, que sería apoyado por los bizantinos que posteriormente se asentaron en las mismísimas tierras alicantinas.

El ara sigmática aparecida en nuestro poblado es un claro instrumento litúrgico, altar de iglesia, cuyos alveólos contendrían los panes eucarísticos. Sin embargo, Llobregat apunta junto a esta posibilidad otras dos diferentes: que fuese una «memoria funeraria», sobre la que celebrar un banquete por el difunto; o que fuese la mesa de altar de una antigua comunidad de monjes. Sin embargo, pensamos que la pieza es un objeto litúrgico eclesial, de época visigótica.

Nos interesa destacar también la existencia de un fragmento de plomo que parece pertenecer a la punta derecha de una cruz litúrgica. Presenta grabada una cruz flanqueada por las letras alpha y omega. Cruces de este tipo, pero más refinadas, se han hallado en Cullera y han sido fechadas por Llobregat en el S. VI. La posible cruz litúrgica de El Monastil quizá fuese algo anterior, de mediados del S. V a principios del VI, ya que es un período de mucha vida en el poblado, como se puede deducir de los numerosos hallazgos tardorromanos que en el mismo se han producido.

Las lucernas africanas con símbolos cristianos están también presentes. Pero muchas veces, esos símbolos son adornos y no demuestran un sincero sentimiento cristiano. Entre ellos aparecen crismones, palomas, leones, cruces, etc.

En algunas lucernas encontramos representaciones de escenas bíblicas, como ocurre en un fragmento donde apreciamos parte del Sacrificio de Isaac por Abraham (escena muy utilizada en las catacumbas y sarcófagos romanos). De esta

lucerna solamente conservamos la parte izquierda del disco decorado; observamos un personaje, Abraham, empuñando un puñal, un brazo que desciende desde arriba de la escena (brazo del ángel que desea impedir el sacrificio de Isaac), y una oveja, que será sacrificada; a la derecha de todo este cuadro escénico aparecería el niño Isaac cogido del brazo por Abraham. El mejor paralelo de esta pieza lo encontramos en una lucerna hallada completa en La Alcudia de Elche, que su excavador, R. Ramos, ha fechado en el S. IV. Esa misma fecha creemos que es la de esta otra lucerna, pues en nuestro poblado aparecieron bastantes lucernas africanas con esa cronología.

La vajilla cerámica de los siglos IV y V también presenta decoraciones de simbología cristiana. Esta cerámica de El Monastil la ha estudiado el arqueólogo inglés P. Reynolds, que ha puesto de relieve la abundancia de Clara D africana y la existencia de sigillata paleocristiana gris del sur de Francia, y Late Roman C de Asia Menor.

Nos interesa destacar, de entre todo ese material cerámico, un lote de bandejas o fuentes estampadas de color rojo. Algunas presentan cruces estampilladas de un tipo muy utilizado durante el siglo V en muchos lugares del Mediterráneo. Pero la pieza más interesante es una fuente de barniz anaranjado, en cuyo fondo hay impresa una escena bíblica inscrita en un círculo. La escena representada fue muy frecuentemente empleada en las primitivas catacumbas y en los sarcófagos de Roma; se trata del martirio de San Daniel en el foso de los leones.

En la fuente de El Monastil observamos a dos leones apoyados en sus patas traseras y con las delanteras alzadas, en actitud de lanzarse sobre un anciano barbudo, con ropas de pastor, que se encuentra entre ambos leones. Esta fuente se

importó del área de Cartago, en el norte de Africa, y la podemos fechar entre finales del siglo IV y comienzos del V.

La parte más elevada y al oeste del poblado presenta un pequeña explanada en la que hay varias construcciones muy deterioradas. Una de estas tiene un ábside y algunos bloques de piedra grandes y bien trabajados; desde el ábside y hacia el oeste se proyectan algunos muros casi perdidos. Esta construcción está reaprovechando otra anterior, de época probablemente Altoimperial.

Junto al ábside se hallaron unos pocos fragmentos de piedra tallada, que nosotros interpretamos como pertenecientes a un cancel visigótico. Uno de esos fragmentos se asemeja en su forma a la del cuerpo de una paloma, como la que se aprecia en el cancel visigótico de la basílica paleocristiana de La Alcudia de Elche (Illici).

La existencia de una construcción tal, quizá una rústica basílica, junto a la que se recogieron los citados restos de un cancel, y la presencia en el mismo poblado de otros materiales paleocristianos a los que ya nos hemos referido, nos hacen pensar en la existencia de una importante comunidad cristiana en Elo en fechas muy antiguas, concretamente en los siglos IV y V. A esta comunidad cristiana primitiva pertenecería también el rico romano que pudo adquirir el sarcófago romano-cristiano ya citado.

Esta circunstancia nos muestra que algunos miembros de la antigua comunidad cristiana del valle de Elda gozaban de una situación socioeconómica privilegiada. Dicha comunidad sería de las primeras en aparecer en el actual País Valenciano, junto a las comunidades de Valencia, Denia y Elche.

La existencia de una tradición cristiana desde antiguo en Elo, que con el tiempo debió alcanzar cierta organización,

propiciaría que los visigodos creasen un obispado a comienzos de la centuria del 600, conocido por las fuentes escritas visigodas como Sede Episcopal Elotana, centrada seguramente en El Monastil y alrededores, donde encontrarían una construcción eclesial y una comunidad cristiana organizada.

## **EL OBISPADO VISIGODO DE ELO (S. VII)**

Razones históricas, arqueológicas, geográficas y filológico-toponímicas, han hecho que especialistas como Llobregat, y Azuar siguiendo al anterior, se decidieran a afirmar que El Monastil es el yacimiento que fuera sede de Ello/Elo (la ciudad romana altoimperial denominada Ad Ello en el itinerario de Antonino) y del obispado visigótico elotano del siglo VII. Tal afirmación se ha visto recientemente consolidada con nuestra propia memoria de licenciatura, que presenta unos materiales con la importancia adecuada para fundamentar tal interpretación.

Los Concilios de Toledo reflejan, en la firma de sus actas, la efímera existencia, durante los tres primeros cuartos del siglo VII, de un obispado cuya silla episcopal se denominaba *Elotana*, término resultante de unir el topónimo Elo al afijo -tana, con lo que se forma el gentilicio citado. De modo que, los textos conciliares se refieren a una sede episcopal visigoda que se corresponde con la ciudad hispanorromana de Elo, y no con una ciudad denominada Elotana o Elota, como pensaban erróneamente algunos autores (Flórez, Mateu i Llopis, A. Ramos, etc.).

El origen del obispado de Elo estaría en relación con los avances de las conquistas visigodas, en detrimento de los territorios de los bizantinos.



*Figura 58.* - a. Fragmentos de ara sigmática. b. Basa de columna que pudo ser el soporte del ara o mesa de altar.



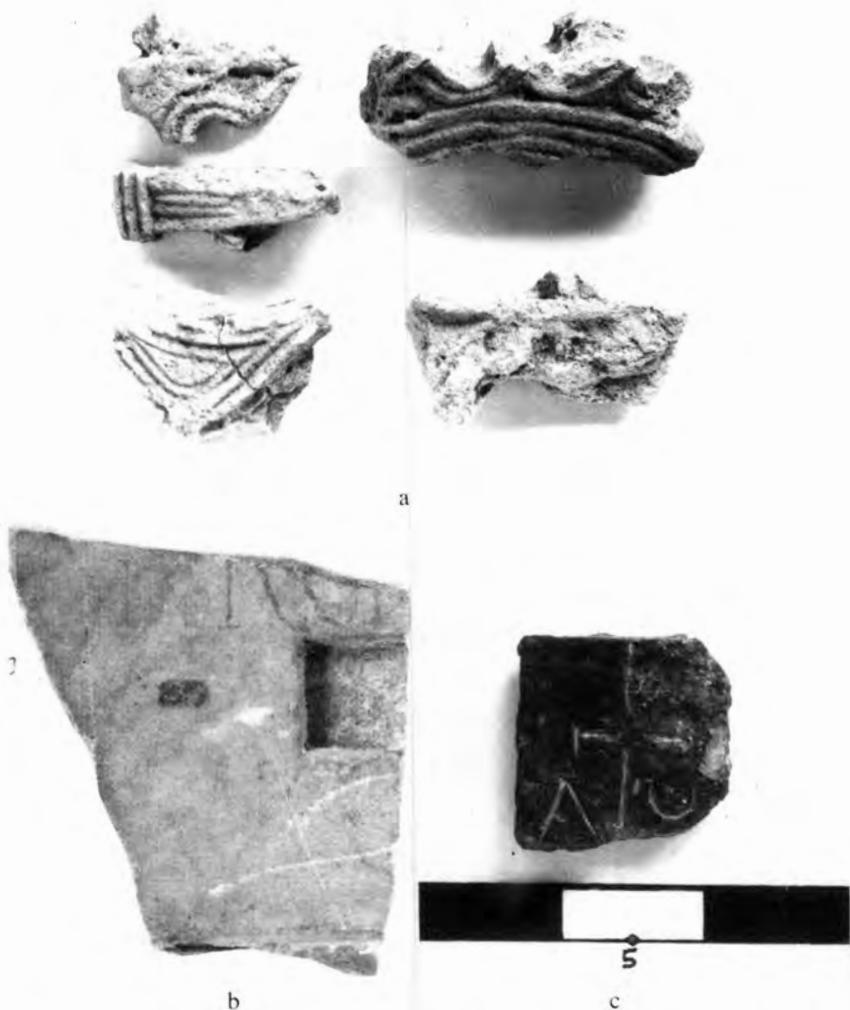
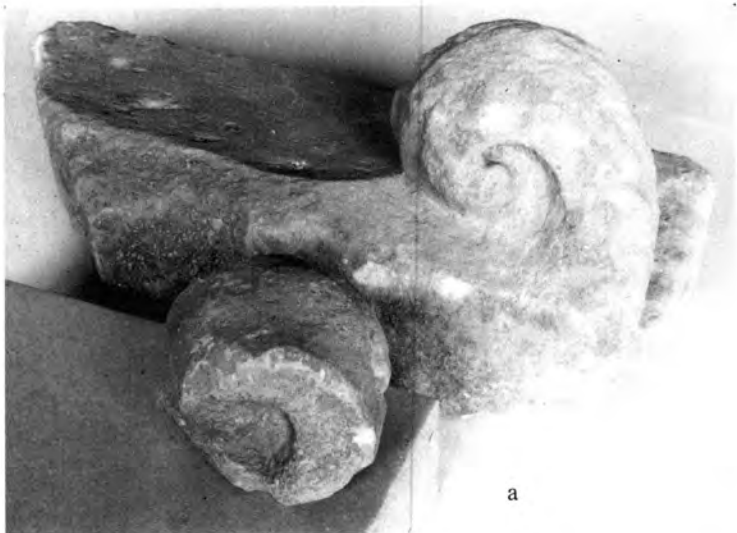


Figura 59.- a. Fragmentos de cancel visigótico. b. Lápida de mármol con inscripción pintada indescifrable. c. Fragmento de cruz litúrgica, de plomo; se trata de la punta derecha, en la que se ha grabado un chrismon, el signo alpha y el omega.

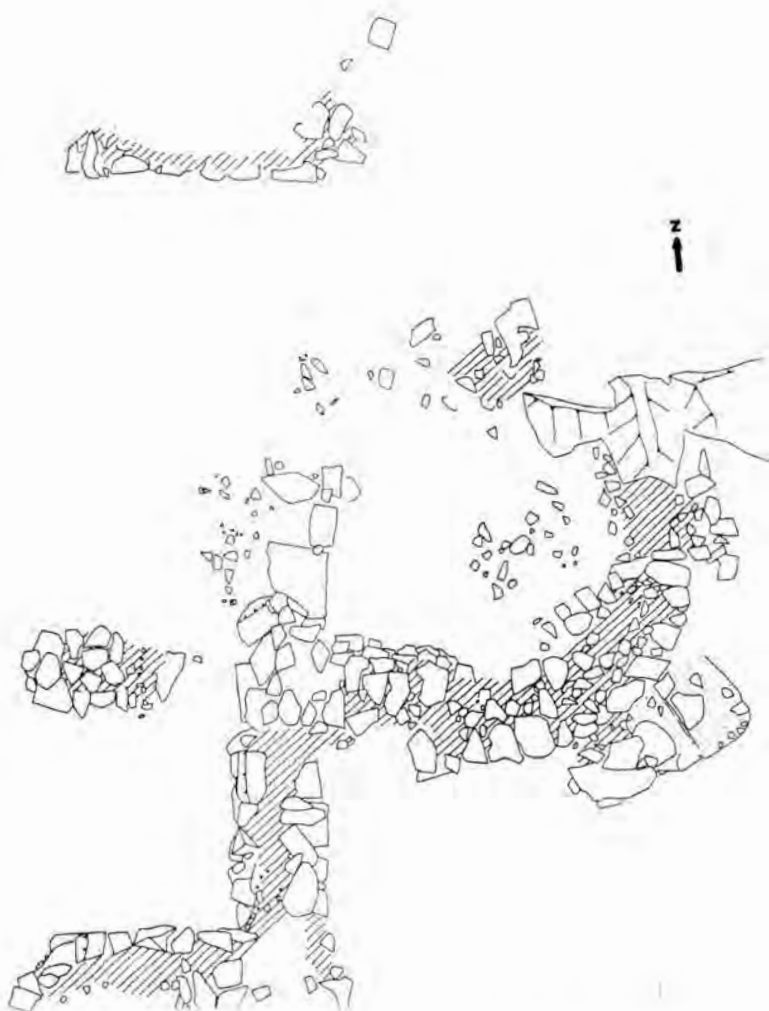


a



b

*Figura 60.- a y b. Restos arquitectónicos decorados con volutas, que pueden pertenecer a alguna entrada de la basilica elotana.*



*Figura 61.-* Dibujo de la planta, en su cabecera, de un edificio y su ábside, que parece corresponder a una rústica basílica, que nos aparece hoy muy destruida. (dibujo Poveda-Reynolds).

Hacia el 600 los límites interiores entre visigodos y bizantinos, en el territorio murciano-alicantino, se situaban hacia la vía Augusta; así, los bizantinos poseían Cartagena, Elche y Denia, pero no Elda ni Játiva, según la opinión de L. A. García Moreno.

Es en estos momentos cuando se crearon las sedes de Elo (Elda) y Begastrum (Cehegín), que pasarían a regir, respectivamente, territorios que dependían de las sedes de Ilici y Carthago Nova, todavía en manos bizantinas.

La sede de Elo nos aparece por primera vez en el texto del Sínodo de Gundemaro, del año 610, donde signa su obispo: «Sanabilis Sanctae Ecclesiae Elotanae Episcopus S.S.»: «Sanable obispo de la Santa Iglesia Elotana Subscribe».

Sanable era el más novato de todos los obispos que asistieron al Sínodo de Gundemaro, pues firmó el último. Tal circunstancia indica que era el obispo de la sede episcopal más recientemente fundada. Dicha sede acabó muy pronto. Así, después de Sanable (único obispo independiente con seguridad), veintitrés años más tarde, ya figuraba absorbida por la sede ilicitana.

En los tres Concilios de Toledo que siguieron al Sínodo del 610, es decir, el IV, el V y el VI, de los años 633, 636 y 638, respectivamente, no firma ningún obispo elotano. Sin embargo, en el año 646, en el Sínodo VII de Toledo, aparece un obispo de Elo e Ilici: «Vinibal, Dei miseratione Sanctae ecclesiae Ilicitanae, qui Elotanae, episcopus, haec statua definiens, subscripsi»: «Ubinibal, por la misericordia de Dios obispo de la Santa Iglesia Ilicitana, y también de la Elotana, aprobado y signado en estos cánones». Este obispo reunió ambas sedes en cuatro concilios, el ya citado del 646 (VII), y los de los años 653 (VIII), 655 (IX) y 656 (X). En el concilio del

año 675 (XI) acude su sucesor Leandro que siguió corrigiendo ambas sedes: «Ego Leander, ecclesiae Ilicitanae, qui et Elotanae episcopus, haec gesta synodica a nobis definita subscripsi»: «Yo Leandro, obispo de la Iglesia Ilicitana, y también de la Elotana, suscribo estas decisiones sinodales, definidas por nosotros». Sin embargo, en el siguiente Concilio de Toledo del año 681 (XII), la mención de Elo desaparece para siempre sin que sepamos la razón.

Probablemente, la desaparición de la sede elotana ocurriría en el marco del pleito del obispo ilicitano, que deseaba recuperar la titularidad del territorio sobre el que ya tuvo antes de la ocupación bizantina.

Existen entre los materiales del poblado algunas cerámicas de pastas blancas, amarillas, grises, claras en general, que están hasta hoy sin identificar, pero que son seguramente altomedievales. Incluso hemos podido ver algunas cerámicas musulmanas, almohades, de los siglos XII-XIII, como es el caso de alguna cerámica esgrafiada y con pintura en manganeso.

La presencia de cerámicas del período musulmán se ha de interpretar cautamente. No se trata de cerámicas abundantes, son esporádicos restos que revelan que el poblado, ya abandonado, era conocido y visitado por algunos miembros de la comunidad musulmana de Elda, que muy probablemente visitaban las ruinas para llevarse materiales de construcción con el fin de reutilizarlos en nuevas construcciones, ahora medievales.

El abandono definitivo del poblado debió ocurrir entre el siglo VII y VIII, unos años antes de la llegada de los árabes a las comarcas del sudeste de la Península Ibérica.

La población de El Monastil fue paulatinamente abandonando el poblado, desde el S. VII seguramente, momento en el

que en base a la arqueología se aprecia un importante descenso de su actividad.

Algunas de las antiguas villas romanas que ocupaban los llanos del fondo del valle comarcal, recibirían parte de sus pobladores, de modo que se irían formando algunas aldeas altomedievales. También pudieron crearse pequeños núcleos de poblamiento de altura en algunas sierras de la comarca. De todo esto apenas tenemos datos, pero todavía tenemos menos sobre dónde fue a parar el grueso de la población, puesto que la suposición de algunos, de que ella se trasladaría a los alrededores del castillo de Elda, no tiene por ahora la más mínima base arqueológica, ni científica en general, hemos de esperar que futuros hallazgos desvelen la incógnita.

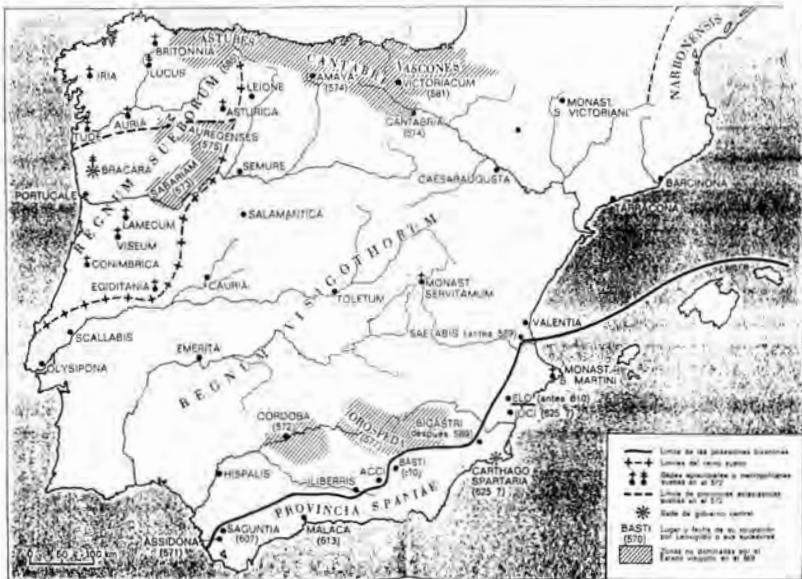


Figura 62.- ELO formando parte de las posesiones imperiales bizantinas. (Mapa tomado de L. A. García Moreno).



Figura 63.- ELO y su situación dentro de las divisiones administrativas visigodas de los ss. VI-VII. (Mapa tomado de L.A. García Moreno).



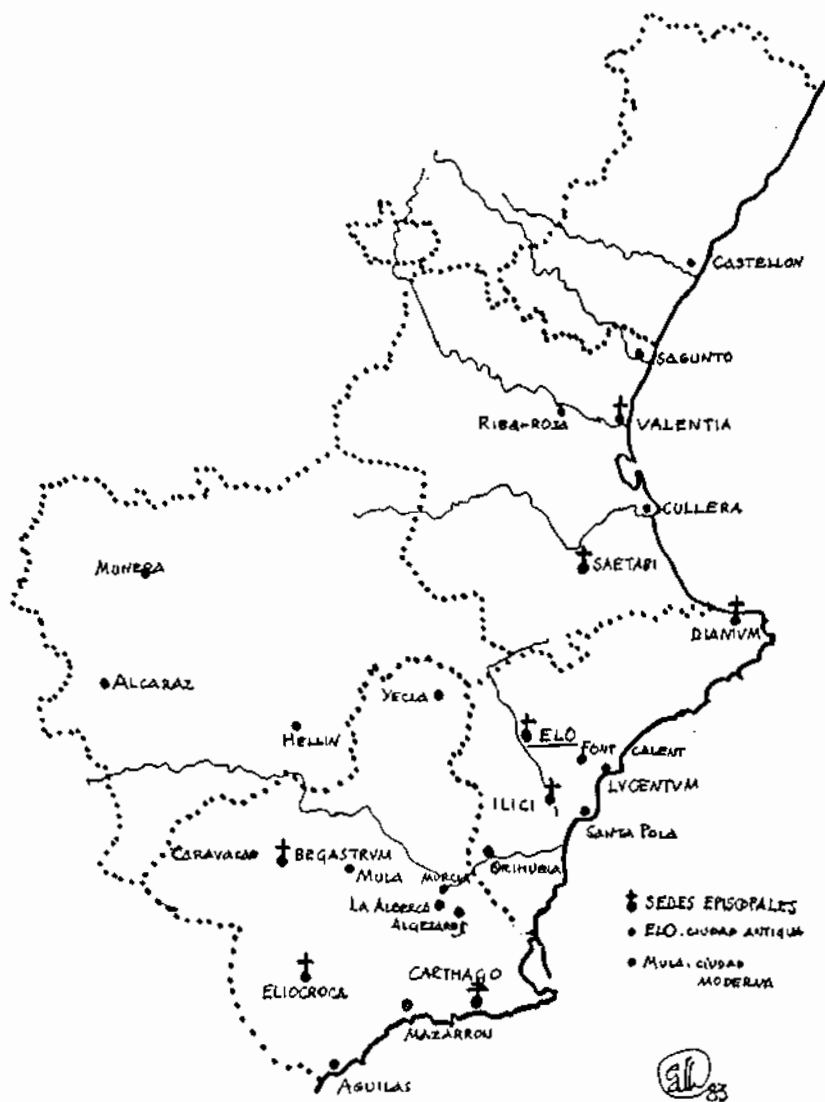


Figura 64.- La sede de ELO y la geografía episcopal visigoda en el sudeste de la Península Ibérica, en los siglos VI-VII (según E. Llobregat).

# BIBLIOGRAFÍA

## 1. INTRODUCCIÓN

- AMAT SEMPERE, L. *Elda. Su antigüedad, su historia*. Elda, 1873-75 (Valencia, 1983).
- ASÍN PALACIOS, M. *Contribución a la toponimia árabe de España*. Madrid, 1944.
- AZUAR RUIZ, R. *Castellología Medieval Alicantina. Área Meridional*. Alicante, 1981.
- LLOBREGAT CONESA, E.A. *Teodomiro de Oriola*. Alicante, 1973.
- NAVARRO PASTOR, A. *Historia de Elda. I*. Alicante, 1981.

## 2. HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES REALIZADAS SOBRE EL MONASTIL

- AMAT SEMPERE, L. *Elda. Su antigüedad, su historia*. Elda, 1873-75. (Ayuntamiento de Elda, Valencia, 1983).
- CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE. «Carta Arqueológica del Valle de Elda (Alicante)». *A.P.L.*, n.XIII. Valencia, 1972, pp. 199-208.  
*Partes de trabajo (años 1966-1977)*. Inéditos.
- LLOBREGAT CONESA, E.A. *Teodomiro de Oriola*. Alicante, 1973.
- MADRONA IBAÑEZ, J. «De los tiempos remotos. Elda hace dos mil años». *Revista DAHELLOS*. Elda, 1950.
- MATEU I LLOPIS, F. «Sobre la identificación toponímica de Elota», en *Homenaje a Millás Vallicrosa*, II. Barcelona, 1956; pp. 31-39.
- NAVARRO PASTOR, A. «Arqueología eldense». *Revista DAHELLOS* Elda, 1951.  
«Hallazgos arqueológicos en Elda». *Revista DAHELLOS*. Elda, 1954.  
«Recientes hallazgos en el poblado ibérico de El Monastil». *Diario INFORMACIÓN*. Alicante, 23-I-1966. a.

- «Hallazgos recientes en el Monastil». *Semanario VALLE DE ELDA*, n.487. Elda, 1966. b.  
*Historia de Elda*. I. Alicante, 1981.
- POVEDA NAVARRO, A.M. «El Monastil», en *Arqueología de Alicante 1976-1986*. Alicante, 1986; pp. 104-105.
- RODRÍGUEZ CAMPILLO, J. «Historia Breve del Museo Arqueológico Municipal.» *Revista ALBORADA*, n.XXVI. Elda, 1980.
- SANZ VICEDO, V. «La Sección de Arqueología en el X aniversario de la fundación del C.E.E.» en el *Programa de la IX Marcha Regional*. Elda, 1967.
- SEMPERE RICO, A. «Antecedentes remotos de Elda». *Revista ALBOR*, n.1. Elda, 1933; s/n.
- SOLER GARCÍA, J.M. «Breve excursión por la prehistoria eldense». *Revista MOROS Y CRISTIANOS* Elda, 1983; s/n.

### **3. GEOGRAFÍA DE LA ZONA DE EL MONASTIL**

- BOTELLA, J.-PUCHE, F. *Geografía Física de Elda y Petrer*. Ayuntamiento de Elda, 1986.
- CUENCA PAYA, A. «El Cuaternario del Valle de Elda». *Revista I.E.A.* n.6. Alicante, 1971; pp. 23-42.  
 «Evolución Paleoclimática» en *Historia de la Provincia de Alicante*, II. Murcia, 1985; pp. 19-32.
- CUENCA, A.-WALKER, M. «Comentarios sobre el Cuaternario continental en el centro y sur de la provincia de Alicante». *Actas I Reunión Nacional del Trabajo del Cuaternario Instituto Lucas Mellada. Trabajos sobre Mioceno-Cuaternario*, vol. 2. 1973; pp. 15-38.  
 «Nuevos datos sobre el Pleistoceno Superior y el Holoceno continentales en Alicante y Murcia». *Revista I.E.A.*, n. 34. Alicante, 1981; pp. 79-85.
- ROSELLÓ VERGER, y otros. *Geografía de la Provincia de Alicante*. Alicante, 1978.
- SERRANO, M. - CARRETERO, M. *Las plantas del Valle del Vinalopó* Ayuntamiento de Elda. Universidad de Alicante. 1985.

- TEMPLADO, D. -MESEGUER, J. *Explicación de la Hoja n.871. Elda* Instituto Geológico y Minero de España. Madrid. 1950.
- VICENTE SIRVENT, I. «Economía prehistórica de Elda según el registro arqueológico». *Revista ALBORADA*, n. XXXIV. Elda. 1987; pp. 20-24.

#### **4. EL PERÍODO PREHISTORICO**

- ANDRÉS SINOBAS, J. «Por el campo de la Prehistoria eldense». *Revista EL CRONISTA*, n. 4. Elda. 1935.
- B. y V. «Algo sobre historia de Elda». *Revista ELDA EXTRAORDINARIO* Elda, 1932.
- CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE. «Carta Arqueológica del Valle de Elda (Alicante)». *A.P.L.*, n. XIII. Valencia. 1972; pp. 199-208.
- GIL-MASCARELL, M. «Bronce Tardío y Bronce Final». *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, n.1. Valencia. 1981; pp. 9-39.
- «El Final de la Edad del Bronce: Estado actual de la investigación». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Universidad de Alicante, 1985; pp. 141-152.
- GONZÁLEZ VERA, A. «Resumen histórico de Elda». *Revista EL CRONISTA*, n.2. Elda, 1933.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. «Cueva de la casa Colorá: Un yacimiento eneolítico en el Valle Medio del Vinalopó» *Revista LUCENTUM*, n.1. Universidad de Alicante, 1982; pp. 5-18.
- «La metalurgia prehistórica en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante). *Revista LUCENTUM*, n.2. Universidad de Alicante, 1983; pp. 17-42.
- «Del poblamiento inicial a la Edad del Bronce», en *Historia de la Provincia de Alicante*, II. Murcia. 1985; pp. 35-115.
- LERMA ALEGRÍA, J.V. «Los orígenes de la metalurgia en el País Valenciano». *A.P.L.*, n.XVI. Valencia 1981; pp. 129-140.

- MARTÍ CEBRIAN, J.A. «La terraza del Pantano». *Revista ALBORADA*, n. XXVII. Elda, 1981.  
 «El Peñón del Trinitario». *Revista ALBORADA*, n. XXVIII, Elda, 1982  
 «La Edad del Bronce en El Monastil». *Revista ALBORADA*, n.XXIX. Elda, 1983
- NAVARRO PASTOR, A. «Arqueología eldense». *Revista DAHELLOS* Elda, 1951.  
 «Los hallazgos del Pantano de Elda». *Diario INFORMACIÓN*. Alicante, 12-III-1954.  
 «En torno al Hombre del Vinalopó». *Diario INFORMACIÓN*. Alicante, 18-III-1954.  
 «Los hallazgos prehistóricos del Pantano». *Revista Fiestas Mayores (ALBORADA)*. Elda, 1955.  
*Historia de Elda*.I. Alicante, 1981; pp. 15-29.
- RODRIGUEZ CAMPILLO, J. «Historia Breve del Museo Arqueológico Municipal». *Revista ALBORADA*, n. XXVI. Elda, 1980.  
 «Bolón, algo sobre su historia antigua y contemporánea». *Revista ALBORADA*, n. XXVII. Elda, 1981.  
 «La Torreta-Monastil». *Revista ALBORADA*, n.XXVIII. Elda, 1982.
- SANZ VICEDO, V. «La Sección de Arqueología en el X aniversario de la fundación del C.E.E.», en el *Programa de la IX Marcha Regional* Elda, 1967.
- SEMPERE RICO, A. «Antecedentes remotos de Elda». *Revista ALBOR*, n.1. Elda, 1933; s/n.
- SOLER GARCÍA, J.M. «Breve excursión por la prehistoria eldense». *Revista MOROS Y CRISTIANOS*. Elda, 1983; s/n.
- VICENTE SIRVENT, I «Economía prehistórica de Elda según el registro arqueológico». *Revista ALBORADA* n.XXXIV. Elda, 1987; pp. 20-24.

## **5. EL PERIODO DE LA CULTURA IBERICA**

- CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE. «Carta Arqueológica del Valle de Elda (Alicante)». *A.P.L.*, n.XIII. Valencia, 1972; pp. 199-208.

- DELGADO GARCÍA, M<sup>a</sup>. «Representación de animales en la cerámica ibérica de El Monastil». *Revista ALBORADA*, n. XXXI. Elda, 1985; pp. 93-99.
- FLETCHER VALLS, D. *Els Ibers*. Valencia, 1983.
- LUCAS M. ROSARIO. «Santuarios y Dioses en la Baja Epoca ibérica». *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*. (Actas Mesa Redonda en conmemoración X aniversario A.E.A.A.). Madrid, 1979; pp. 233-293.
- LLOBREGAT CONESA, E.A. *Contestania Ibérica* I.E.A., Alicante, 1972.  
*Teodomiro de Oriola*. Alicante, 1973.  
 «Recientes hallazgos de época ibérica en Alicante». *Anejos de A.E.Arq.* VII, 145. Madrid, 1974 a.  
 «Recientes hallazgos de monedas de la Edad Antigüa en Alicante». *Revista NUMISMA*. 120-131. Madrid, 1974 b.  
 «Las relaciones con Ibiza en la Protohistoria valenciana». *VI Symposium de Prehistoria*. Barcelona, 1974 c.  
 «Iniciación a la arqueología alicantina». Alicante, 1976 a.
- MADRONA IBAÑEZ, J. «Arqueología eldense». *Revista DAHELLOS*. Elda, 1951.  
 «Hallazgos arqueológicos en Elda». *Revista DAHELLOS*. Elda, 1954.  
 «Hallazgos recientes en El Monastil». *Semanario VALLE DE ELDA*, n.487. Elda, 1966 b.  
*Historia de Elda*. I. Alicante, 1981; pp. 31-63.
- NORDSTROM, S. *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*, I-II. Stockholm, 1968-1973.
- POVEDA NAVARRO, A.M. *La Terra Sigillata de Elda (Alicante)*. Memoria de Licenciatura (iné dita) presentada en la Universidad de Alicante, 1984 a.  
 «Restos arqueológicos de la aparición de la escritura en Elda». *Revista ALBORADA* n. XXX. Elda, 1984 b; pp. 45-59.  
 «Representaciones humanas pintadas sobre la cerá-

- mica ibérica de El Monastil (Elda, Alicante)». *Revista SAGVNTVM*, n.19. Valencia, 1985; pp. 183-193.
- «El Monastil». en *Arqueología en Alicante 1976-1986*. Alicante, 1986; pp. 104-105.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. *De Heliké a Illici*. Alicante, 1974.
- La ciudad romana de Illici*. Alicante, 1975.
- «Precisiones para la clasificación de la cerámica ibérica». *Revista LVCENTVM*, n.I. Alicante, 1982; pp. 117-134.
- RIBERA LACOMBA, A. *Las ánforas prerromanas valencianas* S.I.P.-T.V., n.73 Valencia, 1982.
- RIPOLLÉS ALEGRE, P.P. *La circulación monetaria en la Tarraconense Mediterránea*. S.I.P.-T.V., N.77. Valencia, 1983.
- RODRIGUEZ CAMPILLO, J. «Historia Breve del Museo Arqueológico Municipal». *Revista ALBORADA*, n.XXVI. Elda, 1980.
- «La Torreta-Monastil», *Revista ALBORADA*, n. XXVIII. Elda, 1982.
- SANZ VICEDO, V. «La Sección de Arqueología en el X aniversario de la fundación del C.E.E.», en el *Programa de la IX Marcha Regional* Elda, 1967.
- SEMPERE RICO, A. «Antecedentes remotos de Elda». *Revista ALBOR*, n.1. Elda, 1933; s/n.
- SOLER GARCIA, J.M. «Breve excursión por la prehistoria eldense». *Revista MOROS Y CRISTIANOS*. Elda, 1983; s/n.
- UROZ SAEZ, J. *Economía y sociedad en la Contestania Ibérica*. I.E.A. Alicante, 1981.
- «La época ibérica», en *Historia de la Provincia de Alicante*, II. Murcia, 1985; pp. 170-234.

## 6. EL PERÍODO DE LA ROMANIZACIÓN

- ABAD CASAL, L. *Los orígenes de la ciudad de Alicante* Alicante, 1984.
- «Arqueología romana del País Valenciano». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Alicante, 1985; pp. 337-382.
- «Cultura material romana». *Historia de la Provincia de Alicante*. II. Murcia, 1985; pp. 279-346.

- AMAT SEMPERE, L. *Elda. Su antigüedad, su historia*. Elda, 1873-75. (Ayuntamiento de Elda. Valencia, 1983).
- CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE. «Carta Arqueológica del Valle de Elda (Alicante)». *A.P.L.*, n. XIII. Valencia, 1972; pp. 199-208.
- LLOBREGAT CONESA, E.A. *Teodomiro de Oriola*. Alicante, 1973.  
 «Recientes hallazgos de monedas de la Edad Antigua en Alicante». *Revista NUMISMA*. 120-131. Madrid, 1974 b.  
*Iniciación a la arqueología alicantina* Alicante, 1976 a.  
 «El origen romano de Elda». *Revista ALBORADA*, n. XXII. Elda, 1976 b.  
*Nuestra Historia*, II. Valencia, 1980; pp. 9-140.
- MOROTE BARBERÁ, J.G. «El trazado de la Vía Augusta desde Tarracone a Carthagine Spartaria. Una aproximación a su estudio». *Revista SAGVNTVM*, n. 14. Valencia, 1979; pp. 139-164.
- NAVARRO PASTOR, A. «Hallazgos arqueológicos en Elda». *Revista DAHE-LLOS*. Elda, 1954.  
 «Hallazgos recientes en El Monastil». *Semanario VALLE DE ELDA*, n. 487. Elda, 1966 b.  
*Historia de Elda*, I. Alicante, 1981; pp. 31-63.
- PONCE HERRERO, G. «Residuos de catastro romano en Sax». *Investigaciones geográficas*, n. 1. Alicante, 1982.
- POVEDA NAVARRO, A.M. «Terracota romana hallada en Elda». *Revista ALBORADA*, n. XXVIII. Elda, 1982 a.  
 «Fragmento de inscripción hallado en Elda». *Revista ALBORADA*, n. XXVIII. Elda, 1982 b.  
*La Terra Sigillata de Elda (Alicante)*. Memoria de Licenciatura (inédita) presentada en la Universidad de Alicante, 1984 a.  
 «Restos arqueológicos de la aparición de la escritura en Elda». *Revista ALBORADA*, n. XXX. Elda, 1984 b; pp. 45-49.  
 «Contribución a la economía de época romana en el Valle de Elda (Alicante). Las importaciones de terra



- sigillata». *Revista ALBORADA*, n.XXXI. Elda, 1985; pp. 85-92.
- «El Monastil», en *Arqueología en Alicante 1976-1986*. Alicante, 1986; pp. 104-105.
- «Transformación y Romanización del habitat ibérico contestano de las Cuencas Alta y Media del Vinalopó (Provincia de Alicante)». *I Jornadas Internacionales de Arqueología Romana*. Granollers, 1987 (en prensa).
- POVEDA NAVARRO, A. M.-RIBERA LACOMBA, A. «Marcas de Terra Sigillata de Elda». *Revista SAGVNTVM*, n.19. Valencia, 1985; pp. 301-310.
- RABANAL ALONSO, M.A. «Fuentes literarias del País Valenciano en la Antigüedad». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Alicante, 1985; pp. 201-255.
- «El Alto Imperio». *Historia de la Provincia de Alicante*. II. Murcia, 1985; pp. 347-389.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. *De Heliké a Illici*. Alicante, 1974.
- La ciudad romana de Illici*. Alicante, 1974.
- «Precisiones para la clasificación de la cerámica ibérica». *Revista LVCENTVM* n.1. Alicante, 1982; pp. 117-134.
- RODRÍGUEZ CAMPILLO, J. «Historia Breve del Museo Arqueológico Municipal». *Revista ALBORADA*, n.XXVI. Elda, 1980.
- «La Torre-Monastil». *Revista ALBORADA* n.XXVIII. Elda, 1982.
- ROLDAN HERVÁS, J.M. «Sobre los acusativos con «ad» en el Itinerario de Antonino». *Revista ZEPHYRUS*, n. XVII. Salamanca, 1966; pp. 109 y ss.
- Itinerari: Hispana*. Anejos de Historia Antigua. Universidad de Valladolid, 1975.
- SANCHEZ DE PRADO, M.D. *El vidrio antiguo en la Provincia de Alicante*. (Memoria de Licenciatura, inédita). Alicante, 1984.
- SANZ VICEDO, V. «La Sección de Arqueología en el X aniversario de la fundación del C.E.E.». en el *Programa de la IX Marcha Regional*. Elda, 1967.
- SEMPERE RICO, A. «Antecedentes remotos de Elda». *Revista ALBOR*, n.1. Elda, 1933; s/n.

SOLER GARCÍA, J.M. «Breve excursión por la prehistoria eldense». *Revista MOROS Y CRISTIANOS*. Elda, 1983; s/n.

## 7. EL PERÍODO TARDORROMANO Y VISIGÓTICO

- AZUAR RUÍZ, R. *Castellología Medieval Alicantina. Area Meridional*. Alicante, 1981.  
«Panorama de la arqueología medieval de los valles Alto y Medio del Vinalopó (Alicante)». *Revista LV-CENTVM*, n.II. Universidad de Alicante, 1983; p.p. 349-383.
- BLÁZQUEZ J.M. «Sobre el posible origen africano del cristianismo español». *A.E. de Arq.*, n.40. Madrid. 1967; pp. 30 y ss.
- CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE «Carta Arqueológica del Valle de Elda (Alicante). *A.P.L.*, n.XIII. Valencia, 1972; pp. 199-208.
- DÍAZ Y DÍAZ, M.C. «En torno a los orígenes del cristianismo hispánico». *Las raíces de España*. Madrid, 1967; pp. 423 y ss.
- GAMS, P. B. *Die Kirchengeschichte von Spanien* Graz. II, 2. 1862-79 (reed. 1956); p. 74.
- GARCÍA MORENO, L.A. «El reino de Toledo». *Historia de España de Tuñón de Lara*, II,2.1. Barcelona, 1981; pp. 307-377.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. y otros. «La ciudad Hispano-visigoda de Begastri (Cabezo de Roenas, Cehegín-Murcia)». *C.N.A.*, n. XVI. Murcia, 1983; pp. 1011-1019.  
*Begastri. Imagen y problemas de su historia. Antigüedad y Cristianismo*. Universidad de Murcia. Murcia, 1984.
- LLOBREGAT CONESA, E.A. *Teodomiro de Oriola*. Alicante, 1973.  
*La Primitiva Cristiandad Valenciana*. Valencia, 1977 a.  
«El altar paleocristiano del Monastil». *Revista ALBORADA*, n.XXIII. Elda, 1977 b.  
«La antigua sede episcopal ilicitana y sus testimonios arqueológicos». *Revista FESTA D'ELIG*. Elche, 1978; pp. 23-28.

- «Las sedes episcopales valencianas preistámicas y su dependencia metropolitana. Subsidios para un análisis de la *Ordinatio Ecclesiae Valentinae*». *Escritos del Vedat*. X. Torrente (Valencia), 1980 a; pp. 397-413.
- Nuestra Historia*, II. Valencia, 1980 b; pp. 140-200.
- «Un sarcófago cristiano primitivo en Elda». *Revista ALBORADA*, n. XXVII. Elda, 1981.
- «Relectura del Ravennate: Dos calzadas, una mansión inexistente y otros datos de la Geografía Antigua del País Valenciano» *Revista LVCENTVM*, n. II. Universidad de Alicante, 1983; pp. 225-242.
- «Las épocas paleocristiana y visigoda». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Alicante, 1985; pp. 383-414.
- «Período paleocristiano y visigodo». *Historia del Arte Valenciano*, I. Valencia, 1986 a; pp. 193 y ss.
- «Els precedents de l'art al País Valencià: Dels orígens fins al segle XIII». *Història de l'Art al País Valencià*, I. Valencia, 1986 b; pp. 3-94.
- MATEU I LLOPIS, F. «Sobre la identificación topónimica de Elota», en *Homenaje a Millás Vallicrosa*, II. Barcelona, 1956; pp. 31-39.
- NAVARRO PASTOR, A. *Historia de Elda*, I. Alicante, 1981; 65-71.
- NAVARRO PAYÁ, J. «El Obispado de Elda». *Revista ALBORADA*, n. XXVIII. Elda, 1982.
- POVEDA NAVARRO, A.M. *La Terra sigillata de Elda (Alicante)* Memoria de Licenciatura (inédita). 1984 a.
- «Contribución a la economía de época romana en el Valle de Elda (Alicante). Las importaciones de terra sigillata.» *Revista ALBORADA*, n. XXXI. Elda, 1985; pp. 85-92.
- «Villa e castiello de Elda (Elda, Alicante) en el siglo XIII.» *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, n. 4-5. Alicante, 1986; pp. 67-98.
- RAMOS FERNANDEZ, R. *La ciudad Romana de Illici*. Alicante, 1975.
- «Estratigrafía del sector 5-F de la Alcudia de Elche».

- Revista LVCENTVM*, n.II Universidad de Alicante, 1983; pp. 147-172.
- RAMOS FOLQUES, A. *El cristianismo en Elche*. Alicante, 1975.
- REYNOLDS, P. *Tesis Doctoral* (inédita).  
«Cerámica tardorromana modelada a mano de carácter local, regional y de importación en la provincia de Alicante». *Revista LVCENTVM*, n. IV. Alicante, 1985, pp. 245-267.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. «La Romanidad Tardía» *Historia de la Provincia de Alicante*, II. Murcia, 1985; pp. 394-436.
- SEMPERE RICO, A. «Antecedentes remotos de Elda» *Revista ALBOR*, n.1. Elda, 1933; s/n.
- SOTOMAYOR, M. *Sarcófagos romano-cristianos de España. Estudio iconográfico*. Granada, 1975.
- THOMPSON, E.A. *Los godos en España*. Madrid, 1979.
- VILAR, J.B. *Historia de la ciudad de Orihuela. Orihuela en el Mundo Antiguo*, I. Murcia, 1975.
- VIVES, J. «Nuevas diócesis visigodas ante la invasión bizantina» *Spanische Forschungen*, 17; pp. 1-9.

Para pedidos e intercambios de la  
presente edición, dirigirse a MUSEO  
ARQUEOLOGICO MUNICIPAL,  
C/ Príncipe de Asturias, 40  
03600 ELDA



del Instituto Juan Gil-Albert, y de la Diputación Provincial de Alicante, siendo esta última institución la que le permitió ampliar estudios e investigaciones en la Universidad de Perugia, y en otras instituciones de Roma, en los años 1986 y 1987.

- Ha asistido a una larga lista de Congresos y Seminarios arqueológicos nacionales e internacionales en España.

### **Publicaciones del fondo editorial del Ayuntamiento de Elda**

1. VIDA Y VERSOS DE «EL SERAFICO», de Alberto Navarro Pastor.
2. LA PALABRA DE EMILIO CASTELAR, de José Ramón Valero Escandell.
3. LAS PLANTAS DEL VALLE DEL VINALOPO, de Manuel Serrano González y Mariano Carretero Arranz.
4. EL POBLADO IBERO-ROMANO DE «EL MONASTIL», de Antonio M. Poveda Navarro.

Publicación extra: ELDA, de Lamberto Amat y Sempere. Edición facsimil.



Sección de Publicaciones del  
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ELDA



UNIVERSIDAD DE ALICANTE